

# EL OCCIDENTE,

DIARIO POLITICO.

AÑO II.—NUM. 351.

Domingo 5 de febrero de 1856.

EDICION DE LA MAÑANA

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono concluyó en fin de enero, se servirán renovarlo para no experimentar retraso en el recibo del periódico.

MADRID 5 DE FEBRERO.

Discurriendo ayer sobre la estension que conviene dar al derecho electoral activo, hicimos ver que la teoría del sufragio universal descansa sobre bases deleznales, y hasta sobre un supuesto falso; que todos los partidos y todas las escuelas, desde las mas restrictivas hasta las mas democráticas, convienen en exigir alguna o algunas garantías a los que hayan de disfrutar la facultad de votar; que entre estas garantías se reputan con acierto por las mas aceptables, las que consisten en la capacidad presunta o en la renta de los individuos. Respecto de la capacidad, manifestamos nuestro deseo de que se adopte un sistema liberal y amplio, que la suponga en todo el que tenga cualquier título mas o menos oficial para pretenderla; y por lo que hace a la renta, explicamos cuán indiferentes nos parecen las cuestiones sobre su cuota mayor o menor, y cuán ociosas creemos las disputas o regatos, a que en este punto andan hoy entregados los progresistas.

El sistema relativo al derecho electoral pasivo está sometido al que se siga con el activo. Dende muchísimos o casi todos puedan ser electores, no pueden naturalmente ser muy severas las restricciones que limiten el número de los elegibles. Donde para elegir se necesite una renta, no es extraño que se requiera tambien para ser elegido. Si en lo uno rigen ideas liberales y amplias, es consiguiente que rijan tambien en lo otro. Sin embargo, tampoco es absurda, ni carece de fundamento racional, la doctrina de los que dicen que en vez de estar el número y las condiciones de electores y elegibles en razon directa, deben hallarse en razon inversa, y que tantas mas garantías es preciso exigir a los elegibles cuanto menores sean las pedidas a los electores. Nuestro dictamen es que aquí no es inoportuna, ni injusta una amplia y aun absoluta libertad. Una vez restringido el sufragio a todos aquellos en quienes se presume bastante criterio e independencia para ejercerlo, se les debe dejar libres para obrar. Puesto que se exigen garantías a los electores, téngase confianza en que no desconocerán el carácter, la índole, ni los deberes de su cometido. Si no inspiran esa confianza, exijáseles en buen hora mayores prendas de acierto; pero después de esto, no se vaya a indicárselos tambien las categorías de personas, en las que haya de recaer necesariamente su elección. Si eligen a un menor de 25 años, recordemos que Fox era antes de esa edad uno de los mas distinguidos oradores del Parlamento inglés; que Pitt ascendió, sin haberlos cumplido, al puesto de primer ministro de una nacion poderosa en dias muy críticos; que el conde de Toreno era menor de edad cuando en las Constituyentes de Cádiz representaba dignamente al Principado de Asturias. En vez de lamentarlo, regociquémonos cuando los comicios electorales fijen la vista en jóvenes que no hayan cumplido cinco lustros, porque en la mayor parte de los casos, ese privilegio será solo debido a la precocidad del genio. Si el elegido no tiene renta, o no puede probarla, o no quiere recurrir a conocidos medios de suponerla ficticiamente, respetemos tambien el fallo de los electores, y no exijámos a sus favorecidos un modo de vivir determinado, que no tuvieron antes de ahora muchos dignos diputados y muchos no indignos gobernantes.

Después de resolver las condiciones a que deben o no deben ser sometidos los elegibles, hay que examinar las que convendrá imponer a los elegidos. Aquí la principal cuestión (pues la relativa al mandato directo puede ser pasada por alto, puesto que a penas le quedan defensores) consiste en las reglas de incompatibilidad de los cargos de diputado con los empleos públicos del Estado. Son tantos y se hallan por desgracia tan presentes los desengaños vistos en este punto, que repugna tener que tratarlo sossegado y teóricamente. Cuando las leyes son despreciadas desde el momento en que se promulgan, y por los mismos que las han hecho, es inútil pedir otras; lo que hay que reclamar, lo que hay que desear, es que mejoren las costumbres. Un empleado puede ser sin duda un buen diputado; pero doscientos funcionarios del gobierno no pueden formar una buena Asamblea política. Un Congreso, cuya puerta se cierre a todos los servidores del Estado, se vería privado de muchas individualidades que le hacen falta para representar dignamente al país; pero un Congreso, cuya mayoría firme nóminas mensuales en las contadurías de los ministerios o de las provincias, no es el mas a propósito para juzgar supremo de las grandes cuestiones y de los grandes intereses sociales. Para conciliar estos extremos, el remedio no está en las leyes, sino en las costumbres; toda regla absoluta conduce al mal, y la única solución sensata se encuentra en la prudencia y en la dignidad de los gobernantes, y en su respeto a la opinión.

Fáltanos hablar del método de la elección. El indirecto, que la Constitución de Cádiz prescribía, aunque no carece enteramente de ventajas en medio de sus inconvenientes, dista de nuestras costumbres actuales, y parece menos análogo al principio de la representación nacional. La elección directa puede hacerse por distritos o por provincias, y aun ha habido en Francia un célebre publicista que en 1848 propuso que no se hiciera en toda la república ninguna división electoral, y que todos los electores votaran tantos diputados como debía haber en la Asamblea, con el objeto de que los favorecidos de este modo con la mayoría recibirían mas directa e inmediatamente del país todo, su investidura de representantes. Este pensamiento absurdo e impracticable no hizo escuela, ni mereció como no merece, la consideración de que se refutasen sus inconvenientes.

La elección por distritos ofrece mayores caracteres de verdad, de libertad y de justicia, que la que se hace por provincias. La acción del elector es mas directa, mas espontánea, mas desembarazada, mas genuino producto de su conciencia. No tenemos para qué ni por qué negar que de ese sistema se abusó mucho en épocas próximas; pero esta no es razon suficiente para haber vuelto al contrario, pues ni en este los abusos son menos posibles, ni es difícil buscarles mas propia y eficaz represión. La sola disminución en la cuota del censo electoral, habria bastado para hacer mas difícil la acción de los gobernantes en las elecciones por distritos.

La institución de los suplentes de diputados es una cosa desatinada. Esa clase de meritorios, aspirantes, supernumerarios o excedentes del cuadro activo de los representantes del país, no tiene en favor de su existencia mas razon, que la conveniencia de evitar la excesiva repetición de los actos electorales, que es en efecto uno de los mas graves males inherentes a la elección colectiva por provincias. Pero eso no basta para legitimar tan vicioso método. El suplente, que en último resultado no recibe sino del azar el cargo de diputado, nunca tiene igual derecho moral que este para ejercerlo. La mayoría de los electores no cuida del voto que da para suplente tanto como del que da para diputado propietario. La creación de los suplentes no puede parecer bien

sino a los que a favor de ella, y confeccionando candidaturas, logran deslizarse, casi desapercibidos, hasta dentro del salón de las sesiones, no padiendo esperar conseguirlo nunca por mas directos medios.

Aunque no somos de los que den crédito a todos los rumores de crisis, a que diariamente dan lugar la falta de firmeza en la marcha administrativa del gabinete, no debemos renunciar a tener al corriente a nuestros lectores de cuanto en este particular llega a nuestros oídos. Ayer se dijo que la crisis se habia reproducido, teniendo por causa inmediata la falta de armonía entre los individuos del gabinete en las cuestiones que mas llaman la atención estos dias.

Parece que el Sr. Escosura tiene decidido empeño en relevar la mitad de los gobernadores de provincia, y que esta medida, de suyo trascendental, encuentra graves dificultades en el Consejo de ministros.

Todos estos dias reina grande animación en los círculos de los aspirantes al ministerio; pues, según sus noticias, está llamando a las puertas otra modificación.

Parece que dos o tres de nuestros diputados diplomáticos, ausentes y presentes, figuran en las varias combinaciones que se están elaborando y que, como la última que ha tenido lugar, dejará algunos descontentos, pues que no hay cartas para todos.

Los pueros creen que al fin podrán obtener mayor influencia en la dirección de los negocios, y puede asegurarse que estos dias se han formado en los diversos grupos del Congreso tantos nuevos ministerios sobre la consabida doble base, que no dudamos de que, en fuerza de peso, acabe por falsear y desmoronarse.

Según noticias de un diario de la tarde, el proyecto de arreglo del personal de Hacienda de la isla de Cuba, se ha instruido en la dirección de Ultramar, con motivo de una propuesta remitida por aquella superintendencia delegada, y a consecuencia de la supresión de las intendencias provinciales, y del establecimiento del nuevo sistema de contabilidad que cabe dentro de las bases del presupuesto.

Un periódico religioso asegura que el señor obispo de Astorga, ha dirigido con fecha 22 de enero último al señor ministro de Gracia y Justicia una reverente, pero patética exposición, pidiendo se dejen sin efecto las órdenes anteriormente expedidas, respecto de la reunión y espulsión de religiosos, y que no se les inquiete ni mortifique mas, sino que se les permita vivir y morir tranquilos en sus respectivos conventos.

Parece que hay gran número de aspirantes a la plaza de contador general de Hacienda pública.

Ayer se aseguró que estaba acordado el reemplazo del actual director de correos.

A propósito del ramo y de su buen servicio, refiere *Los Novedades*:

«El día 6 de enero se certificó en la administración central de Madrid un pliego dirigido a Guadalajara. No habiéndose recibido en aquella ciudad, puso la administración de Guadalajara en la reclamación del interesado una nota, de la cual resulta que se ha extraviado una balla que contenía el certificado en cuestión. Esperamos que esta vez no se quiebre la saga por lo mas delgado, separando al conductor, como sucedió hace pocos dias.

Leemos en un periódico:

«Se cree que el pensamiento dominante del convenio que se proyecta, es el de combatir la funesta preponderancia que ha adquirido en Europa el espíritu revolucionario desde los fatales acontecimientos de 1848; y que la consecuencia mas inmediata de estas combinaciones será el restablecimiento de la paz.

«Uno de los puntos que parecen próximos a resolverse satisfactoriamente, es el reconocimiento de la Rei-

PROVINCIALES. En las principales librerías y por librería franca al administrador del periódico, no mes 16 rs., tres meses 48. — ETRANJERO. Un trimestre, 80. — En París, en casa de los señores Saavedra y Ribelles, rue de Hauteville, 15, y librería Española, rue de Provence.

na de España doña Isabel II, por parte de Rusia, adoptándose además en esta especie de alianza pacífica y de mutua defensa entre las potencias europeas, los medios mas eficaces y conducentes para destruir los delirios revolucionarios, dando, sin embargo, al espíritu de saludables reformas su justo desarrollo, asegurando la independencia y el decoro de cada nacion en el arreglo de sus negocios interiores, y adelantando en todas ellas el principio de autoridad, tan combatido y desprestigado por los apóstoles de un insensato y absurdo liberalismo, que no ha producido sino calamidades y ruinas en todos los pueblos.»

Nuestros lectores saben ya a qué estado habian llegado las gestiones acerca del modo de realizar la desamortización en las provincias Vascongadas. Ahora se dice otra vez que ya está resuelta por el Consejo de ministros la cuestión, dando a la ley toda la latitud posible en beneficio de los pueblos y de los establecimientos de beneficencia.

La *Gaceta* dirá.

Cuatro años hizo ayer que el monárquico pueblo español supo, con profundo asombro, que el puñal de los regicidas tenía un brazo armado en el suelo clásico de la lealtad.

En medio de la universal alegría del pueblo madrileño, cuando engalanados los balcones del tránsito y llenas las calles de gente, se aguardaba por instantes que el estampido del cañon anunciara la augusta presencia de la venturosa madre que iba a presentar en los altares de Dios el fruto de sus entrañas, un rumor siniestro se esparce entre la multitud, que corre pavorosa y desconsolada hacia las puertas del real palacio.

Pasó mucho tiempo, trascurrieron largas horas, antes de que el público se atreviera a creer lo que por desgracia era demasiado cierto.

Fue preciso esperar la voz de que el rey habia sido trasladado al momento a la cárcel, y conduciendo de noche, y aun así corrió grave riesgo de ser castigado por la indignación popular.

Por todas estas circunstancias, y el alto testimonio de respetuosa lealtad que mas tarde rindieron a la Reina todos los españoles, y los sinceros y espontáneos votos que se elevaron al cielo por la poderosa protección que acababa de dispensarnos, nada de eso necesita registrar la historia.

El 48 de febrero de 1852, día en que el pueblo de Madrid vivió por primera vez a su Reina, es la única página que puede borrar la del 2 de febrero.

En una carta de París se supone que Napoleón III dijo hace pocos dias a un hombre de Estado, hablando de la cuestión de paz: «El emperador Alejandro da un paso en el camino de la conciliación, nosotros daremos dos.»

El diputado Sr. Sarabia ha retirado la dimisión, presentada, según parece, por los motivos que publica la prensa, y de que damos cuenta.

El número de *El Padre Cobos*, defendido elocuentemente ante el jurado por el Sr. Nocedal, ha sido condenado, imponiéndole al editor la pena de cuatro años de presidio.

Se espera en Madrid una comisión nombrada por los principales cosecheros y fabricantes del corcho de la provincia de Gerona, que pretende que no se altere el artículo del arancel, que prohíbe la estacion en panes de este producto.

El ministerio de la Guerra ha dictado las disposiciones necesarias para completar el sistema administrativo de los depósitos de bandera y embarque para Ultramar, establecidos en la Península, dictando al efecto reglas precisas, tanto para la mas conveniente y justa aplicación del gasto de hospitalidades y atenciones que en ellos tengan lugar, como para la adquisición, entretenimiento y reposición del vestuario, equipo y armamento de los individuos de las clases de tropas de sus cuadros.

Todavía es dudoso, según la *Cronica de New-York*, que sea cierto el hecho de haber reconocido un buque español a otro anglo-americano; pero si se sabia que el este hecho ha tenido lugar, decididamente está justificado; por confesión de los mismos interesados, el reconocimiento se hizo dentro de las aguas de Cuba, y

cantar de noches, debajo de los tataneros, a orilla del mar. Y luego, como la incesante del golfo tiene sus peligros como las dulzuras, si sois aficionados a la guerra, tendréis ocasión de adueñaros a los piratas de Borneo. Estos bandidos huelen desde el mar una habitación, y si desembarcan en vuestra tierra serán bien recibidos, ¿no es verdad?

Todos los bandidos batieron palmas de alegría e hicieron ademanes de amenaza hacia la parte del mar, como si los piratas acabasen de desembarcar. Strimm se levantó, y dijo:

—En nombre de mis camaradas y en el mio, me comprometo a respetar el campo y la cabaña de nuestros vecinos.

—No es eso todo, dijo la joven riendo y con el dedo hacia Strimm.

—Sí, comprendo, dijo este, y vamos a hacer nuestros preparativos de marcha.

—Y os establecéis a nuestro lado? dijo la joven.

—Sí, respondió Strimm.

—Y me acompañaréis a casa de Vandrusen.

Levantáronse todos, espresando con una enérgica señal que estaban dispuestos.

La joven, radiante de alegría y de hermosura, como el ángel de la paz, estrechó la mano a todos, y poniéndose a la cabeza de la escuadra, dijo:

—Vamos a casa de Vandrusen.

Dio en seguida pormenores de su paseo de por la mañana, y anunció que encontrarían a Vandrusen y a Torrijos en la entrada del bosque.

Entreviéronse algunos instantes los colonos en su cabaña para arreglar los vestidos bastante rotos, y tomar sus armas de caza. Todos los rostros radiaban de alegría.

en los momentos mismos en que por declaraciones oficiales de las mismas autoridades de los Estados Unidos, habian zarpado de los puertos de esta república varios buques cargados de filibusteros.

Rectificando el *Boletín de Santander* datos equivocados por el Sr. Cabanillas, demuestra que hay una gran inexactitud en el cálculo de un millón de quintales, pues solamente por la provincia de Santander se esportan sobre dos millones. Recordamos que el señor Cabanillas se refirió a una memoria publicada en Bilbao en 1846, y en este concepto, de la observación del ilustrado *Boletín de Santander*, resulta, que desde aquella fecha acá el movimiento mercantil ha tenido una actividad extraordinaria en nuestros puertos del Norte.

El viernes se ocupó la comisión parlamentaria de aranceles del importante asunto de la fabricación de hierros y de los derechos que convendría imponer a los extranjeros a su entrada en el reino.

Largo y luminoso ofrece ser este debate, en el que ya han tomado parte los señores Heredia y Grós, fabricantes de Málaga, los diputados Ramirez Areas y Jaen, y el vocal de la junta de aranceles D. Romualdo Ballesteros; este último en defensa del proyecto del gobierno.

Los industriales y los que defendían sus opiniones, insistieron mucho en manifestar los grandes gastos que esta fabricación tiene, los obstáculos con que lucha en España, por falta de carbones vegetales, aun mas que minerales, y los malos medios de comunicación. No se conforman ni aun con derechos protectores de 50 por 100, porque dicen que es segura la muerte de su industria, aun de esta manera protegida; y quieren una legislación excepcional, como la hay para las manufacturas de algodón.

Combatiese la idea de que se proporcionaran recursos al Estado con la medida propuesta; y se alegó que el consumo español estaba suficientemente abastecido con la producción de hierros del país. Los fabricantes manifestaron que estos eran, por lo general, de mucha mejor calidad que los extranjeros, y que los que de esta procedencia se introdujeran, serian mucho mas baratos, pero tambien mucho peores.

El Sr. Heredia fué el que precisó la protección que reclamaba de las Cortes, y que, sin recordarnos malis de 35 rs. en vez de 25 en quinto para el hierro de mas de ciento cuarenta y cinco líneas en la sección superficial de su corte, y de 40 rs. en vez de 32 para el de menores gruesos.

El Sr. Ballesteros hizo la historia de la discusión habida sobre este asunto, primero en la comisión especial de la junta de aranceles, y luego en esta misma, remitiendo en plenitud a la memoria de un individuo de la corporación, que como la circunstancia de ser fabricante de hierros, se habia contenido, en beneficio de su industria, con cuotas menores que las que contiene el actual proyecto de reforma.

Posteriormente, y en estos últimos dias, se han reunido nuevos datos oficiales de todas las provincias, de los cuales resulta que el precio de los hierros extranjeros, es, por término medio, inferior al que se ha adoptado por ley para imponer el máximo de protección que la ley permite en el día.

El Sr. Ballesteros hizo con este motivo varias observaciones muy atendibles, justificando los datos en que se apoya la reforma, y tratando hasta de demostrar que, a pesar de los altos precios de los hierros españoles, no quedarán estos en peores condiciones que los extranjeros, después de satisfechos los derechos.

Como esta cuestión está tan enlazada con la de carbones, lo cual ya motivó ayer algunas palabras del señor Mayo, gerente del ferro-carril de Langreo, en defensa de la bondad de los carbones asturianos; y como tambien afecta en gran manera a la fabricación de máquinas, esperamos que la discusión, que continuará el lunes, aumente en mayor escala el interés, dándonos ademas lugar para exponer nuestra opinión sobre el asunto.

Signen dejando de concurrir a la comisión los señores Sanchez Silva y Molinero, que son a su vez individuos de la junta de aranceles, y el segundo uno de los que mas parte activa han tomado en la discusión de este artículo del proyecto.

Para la reforma de la Puerta del Sol, según el último proyecto, parece es indispensable derribar un número de casas mayor del que al principio se habia calculado.

La *Gaceta* acaba de publicar la relación de los privilegios de invención e introducción concedidos por S. M. en el segundo sueno de 1855.

El anuncio para la subasta de cuatro cingules de madera con destino a las obras del Guadalquivir.

II. para el remate de las obras de nueva construcción en la carcelera general de Estremadura.

III. convocando aspirantes a las dos cátedras que en la facultad de filosofía han resultado vacantes por promoción de D. Isaac Nuñez Arenas y D. Alfredo Adolfo Camus; otras dos de término y seis de ascenso, que tambien deben promoverse con arreglo al real decreto de 17 de febrero de 1854.

La sentencia dictada por el tribunal Supremo de Justicia en los autos seguidos entre doña Vicenta

Vandrusen y Torrijos, emboscados en un barranco, esperaban con una ansiedad febril que volviése la joven embajadora; cada momento les parecia una hora; el menor ruido del aire, el menor estremecimiento de las hojas, llegaban a sus oídos como un grito de apuro de agonía. Desesperados ambos muchas veces, y acensándose de haber abandonado aquella joven a su demasiado generosa idea, tomaban sus armas y marchaban hacia aquella colina, que ocultaba sin duda una horrible escena, una orgía de bandidos. Después retrocedían y volvían al barranco, donde habian ofrecido esperar con confianza.

En la mas fuerte de estas punzantes alarmas, los dos colonos emboscados vieron a lo lejos una confusa masa de hombres, y a su cabeza, una mujer que reconocieron en seguida.

—¿Ahí están, dijo Vandrusen.

Miró con mas atención, valiéndose de una ancha hoja de euforbio, y creyó haberlo adivinado todo.

—Escuchad, dijo a Torrijos, y vereis que he comprendido bien... la condesa, bajo cualquier pretexto, les ha atraído hacia este lado... Sí, son nueve... ella va a la cabeza con una intención... ¿Hélos ahí, que suben uno a uno al arroyo... llevan sus escopetas en bandolera... estamos dispuestos... alguna cosa horrible amenaza a esa mujer... es una víctima... se le ha concedido, como favor, el derecho de elegir el sitio de su agonía... Atención, Torrijos: a cinco pasos, luego con nuestros cuatro tiros sobre los cuatro primeros... ¡anemos nuestras pistolas... bien... dejémoslas en el suelo para tenerlas desde luego a la mano, y caigamos sobre los demás... Ya daremos buena cuenta de ellos.

(Se continuará.)



Marino, como tutora y curadora de sus hijas, sobre su voluntad de la institución de heredero que reclama don Diego Fernández Montañés.

Un real decreto resolviendo a favor de la autoridad administrativa una competencia suscitada entre el gobernador de Valladolid y el juzgado de Hacienda sobre procesamiento del ayuntamiento y junta pericial de Santervás de Campos.

Según la nube de enmiendas a las bases de la ley electoral. Los señores Ordoñez, Nicolau, Alonso, García López, Figueras, Bunes y Alegre, piden sean electores los que vivan en un cuartel que valga al menos 2,500 rs. vn. de alquiler anual en Madrid, 1,500 en las demás poblaciones que pasen de 40,000 almas, 1,000 en las que oscilen de 20,000 almas y 400 en las demás de la nación.

Otra enmienda, de los señores Baeza, Feijóo, Gil Sanz, Bautista Alonso, Zafra, Somoza y Yañez Rivadeneira, piden sean electores todos los agricultores que efectúen sus labores con yunta propia.

Los señores Ruiz Pons, Carrera, Latorre, Herrero, Sorni, Baeza, Feijóo, Seoane, Ramírez Arca, Moreno Barrera, Madoz y otros diputados, presentan varias enmiendas, ampliando el sufragio electoral a los que paguen 120, 130, 140 y 150 rs. de contribución.

Según *La Epoca*, no es cierto que la cuestión entre el brigadier O'Donnell, que se ha sentido lastimado en el honor de su familia y de su raza, y el marqués de Albaide, está terminada. El Sr. D. Enrique O'Donnell ha tenido que aplazarla hasta que el Sr. Orense deje su investidura de representante del país.

El general Villalobos, segundo cabo que era de las provincias Vascongadas, ha sido trasladado a igual puesto en la capitania general de Valencia.

Entre varias gracias que parece se han concedido estos días por el ministerio de la Guerra, parece que ha sido ascendido a brigadier el coronel de caballería del regimiento del Rey, D. Blas Villate.

Hace dos días tiene el ministro de la Gobernación, sobre su mesa de despacho, el dictamen de la comisión que ha examinado el asunto de la Puerta del Sol, y creemos que se apresurará ahora, por su parte, a despatchar el asunto con la posible brevedad: así lo esperamos, y con nosotros la inmensa población de Madrid.

Nuestros lectores conocen ya los puntos capitales del dictamen, que procuraremos darles íntegro, cuando el estado del asunto lo permita.

Entre las quejas que se reciben de los suscritores de provincias por el mal servicio del ramo de correos, son dignas de atenderse, por lo repetidas, las que hacen referencia a las administraciones de Orense, Bailén, y principalmente de Estella.

De la carta y oficio que trascribimos al pie de estas líneas, dedúcese que ni un maravista siquiera se ha entregado por el Tesoro en la diócesis de Urgel para atender al pago del tercer y cuarto trimestre del año pasado; es decir, que desde julio de 1855 nada ha percibido allí el clero. Esto no necesita comentarios. He aquí la carta y el documento a los que referimos:

CURIELS 26 de enero de 1856.—He leído en su periódico periódico quejas de diferentes partes, de lo mal atendidas que se hallan las asignaciones del culto y clero, y otro tanto podemos decir en esta diócesis de Urgel.—Pensábamos que por Navidad se nos daría alguna cosa, pero nada se nos ha dado, y pocas esperanzas tenemos, por ahora, de que se nos pague. Todas las clases cobran, más o menos; pero nosotros nos quedamos en descubierto; regularmente que no nos considerarán por clases ni activas ni pasivas. Le digo porque ahora tenemos pocas esperanzas de que se nos pague, por lo que leo en el *Boletín Eclesiástico* de este obispado, correspondiente al día 10 del corriente, cuyas palabras van a continuación:

Administración económica del obispado de Urgel.—Esta oficina tiene el sentimiento de haber acaído a los señores párrocos, que no obstante las más eficaces reclamaciones oficiales y particulares hechas, tanto en las oficinas de Hacienda y Justicia, ni un solo maravista le ha sido entregado por ningún concepto para cubrir las atenciones del culto y clero de esta diócesis, correspondientes al 3.º y 4.º trimestres del año último.—Seo de Urgel 10 de enero de 1856.—Miguel de Neira.

Se ejerce suma vigilancia en las costas de Galicia en lo relativo a sanidad. La junta provincial de la Coruña se reunió por extraordinario el 23, con motivo de haber dado parte la del Ferrol al gobernador de la provincia, de haber arribado con grandes averías un buque procedente de la Habana, que trae nota en la patente. El buque debía pasar al lazareto de San Simón.

Se ha dispuesto de real orden que en lo sucesivo sean destinados al regimiento fijo de Ceuta, todos los desertores de primera vez, de antigua procedencia, cuya avanzada edad y achaques les hagan poco a propósito para servir en Ultramar, que después de sufrir el oportuno reconocimiento facultativo ante el gobernador militar correspondiente, resulten inútiles por sus achaques o avanzada edad para servir en Ultramar por el término de cuatro años a la menor.

Observaciones de la Santa Sede al despacho del gobierno de S. M. Católica sobre las causas de la interrupción de las relaciones diplomáticas, dirigido a los representantes de la Reina en las Cortes extranjeras, con fecha 22 de julio de 1855 (1).

(Continuación.)

Larga tarea sería examinar circunstanciadamente todos los puntos del mencionado despacho semejantes a los anteriores. Harlo fíjese inferior de los que ya hemos juzgado la naturaleza de los demás. Se intenta únicamente ilustrar la opinión general acerca de una imputación aun menos llevadera, que se halla reproducida en diferentes pasajes del mismo documento, con duras e injuriosas expresiones: esta imputación es la que tacha a la Santa Sede de inacción, de inercia, de falta de impulso, y casi de oposición y resistencia a la ejecución del último Concordato. En los hechos y en las observaciones que se aducen al contestar a cada uno de los puntos contenidos en el despacho, resultará hasta la última evidencia, la índole y el carácter de semejante acriminación. Desde el momento mismo en que el Concordato fue solemnemente ratificado y promulgado, ya no cesó la Santa Sede de hacer sin descanso, ya directamente, ya por conducto de su representante en Madrid, cuanto estaba a su alcance para que las disposiciones de aquel solemne convenio fueran cumplidas sin tardanza alguna. Con respecto a los varios puntos, cuya ejecución le compete exclusivamente, no se han hecho aguardar por cierto, ni un solo instante las providencias y actos que la ley requería, y caminaron de consuno con la bula de aprobación y sanción del Concordato mismo. Llevado además el Santo Padre del mismo afán de darle cumplimiento sin demora, en cuanto dable fuese, y persuadido de la parte eficaz que en el asunto podían tomar los prelados del reino, si bien abrigaba profunda convicción de los innegables propósitos de que estos se hallaban animados, los dirigió poco después de la solemne promulgación del tratado, espontáneamente, y sin la menor sugerencia de parte del gobierno, una circular encareciendo su celo con apremiantes palabras, e induciéndoles a cooperar con activa solicitud a la ejecución de las estipulaciones ajustadas.

La Santa Sede podría, por el contrario, alegar fundados motivos para quejarse de haber sido con tanta

mente infructuosas las incessantes instancias de sus representantes y de los obispos para el cumplimiento que solo al gobierno incumbía, de varios de los puntos más trascendentales del Concordato. Tal es el artículo que le impone la verificación y equitativo deslinde del valor de los bienes restituidos al clero en 1845, y estimados entonces con su grave quebranto en valor hasta superior a sus obligaciones. Tal es aquel en que tomó sobre sí las cargas y legados piadosos anejos a los bienes eclesiásticos, ilegítimamente enajenados en las anteriores vicisitudes lamentables de España. Tal es el que protege y asegura a la Iglesia la libre e independiente administración de sus bienes. Tal es el restablecimiento de algunas congregaciones religiosas, que en muchas partes del reino han quedado en promesa. Tal es, en fin, otro artículo del Concordato anulado de su cuenta y riesgo en forma solemne, y desatendido, a despecho de la perseverante oposición de la Iglesia, por el mismo gobierno que acusa a la Santa Sede de buscar la norma de sus acciones en intereses temporales y mundanos.

Puede estar más a la vista el espíritu que ha inspirado el documento del gobierno español? No es menos patente la base de toda su argumentación, que estriba en el principio absurdo y repugnante que hace a la Iglesia dependiente del Estado. No es este lugar oportuno para desarrollar y explicar cumplidamente los testimonios irrefragables, y los incontestables argumentos del divino origen de la constitución de las prerrogativas y de los derechos de la Iglesia.

Forzoso es sin embargo llamar la atención sobre esta idea, porque de su enlace con cuanto se afirma en el citado despacho (lo cual se halla en completa armonía con los hechos sobrevenidos en España desde el mes de julio de 1854) se infiere, sin sombra de duda, cuál es en verdad el fundamento del despacho, y cuál ha sido hasta ahora la norma de la conducta, de las disposiciones y de las leyes sobre materias de la competencia eclesiástica.

La Iglesia, según las lecciones de la bondad y de la sabiduría divina, de la cual emana inmediatamente, es una sociedad visible, estable, perfecta, difundida por el orbe entero. No pudiendo existir ni durar indefinidamente una sociedad perfecta; sin el vínculo de la subordinación a una potestad suprema que la rija y gobierne, indispensable era, y así por tanto en la Iglesia por voluntad terminante de su fundador, una autoridad correspondiente al objeto de su institución; una autoridad, no solo de enseñanza, respecto a la doctrina evangélica y a las verdades reveladas, no solo de ministerio para el uso de los sacramentos y del sacrificio, sino también una jurisdicción y de gobierno en todo aquello que conviene a la disciplina y dirección exterior de la sociedad cristiana. Y emanando directamente de Dios esta autoridad, y constituyendo la esencia de la Iglesia, del fin de su institución y de su naturaleza suprema, claro es que no puede pertenecer ni quedar sujeta a quien, en tal orden de cosas, no ha recibido misión divina. La potestad eclesiástica es por tanto necesariamente distinta de la potestad temporal.

Pero una potestad suprema, independiente, emanada inmediatamente de Dios, no puede dejar de encerrar en sí todos los derechos indispensables al objeto de su institución. Repugna a la sabiduría divina abrigar un designio, y comunicar a instituir un medio insuficiente para su realización. No es dable, por la misma razón, perder ni enajenar derechos inherentes a una autoridad suprema, independiente, y que trae su origen del mismo Dios. No han de ser, pues, eliminados de la potestad de la Iglesia, y son igualmente independientes, inadmisibles e inalienables todos aquellos derechos relativos a la enseñanza, al ministerio, o a la disciplina y gobierno exterior, que son necesarios al logro del fin para el cual fué instituida.

Cualquiera autoridad que, sin tener misión divina en el orden de cosas que se habla, se atribuya al ejercicio de tales derechos, atenta a la potestad originaria de la Iglesia. A pesar de todos los estorbos, permanece en pleno vigor de derecho, porque reside intrínsecamente en una autoridad suprema, instituida por Dios, inalterable, imprescindible.

Por otra parte, la Iglesia, según las intenciones de su divino fundador, es infaliblemente una: una en la fe por la enseñanza y la creencia de las mismas verdades; una en el ministerio por el uso y la participación de los mismos sacramentos; una en el gobierno y en la disciplina exterior por la subordinación a la misma autoridad. Para sustentar esta unidad, principal carácter distintivo de la verdadera Iglesia; para conservarla hasta la consumación de los siglos en una sociedad que abraza todas las naciones, en medio de tantos ministros y propagadores de los sagrados misterios, y de tantos obispos depositarios de la potestad de magistrado y de jurisdicción indispensables, era un centro común de unidad, una cabeza universal, capaz de gobernar con plena autoridad la grey cristiana. Esta cabeza universal, este centro común de unidad es el romano Pontífice, a quien Jesucristo, en la persona de San Pedro, ha confiado las llaves del cielo; ha mandado fortalecer en la fe a sus hermanos, y de guiar juntamente a los corderos y a las ovejas, esto es, a los fieles y a los pastores mismos; ha conferido primacía, así de honor y de dirección, como de autoridad y de jurisdicción sobre la Iglesia entera.

No hay parte alguna de la cristiandad donde no alcance la potestad del romano Pontífice. Los derechos esencialmente unidos a la primacía de autoridad y de jurisdicción se extienden a todo el orbe católico: son motivos independientes e inadmisibles. El romano Pontífice está rigurosamente obligado a velar solícitamente por su integridad, y a defenderlos de toda violación o menoscabo. Habiendo sido concedidos estos derechos en beneficio de la Iglesia, son al mismo tiempo otros tantos deberes, de cuyo fiel cumplimiento es responsable el mismo romano Pontífice. El ejercicio de tales derechos, el cumplimiento de tales deberes, no pueden tener más reglas ni más límites que los que establecieron la ley natural y el divino instituidor de la suprema potestad eclesiástica.

El romano Pontífice, como cabeza visible de la Iglesia universal, vicario de Jesucristo en la tierra, y centro de la unidad católica, se esforzará en valde para vigilar sobre la conservación de la santa doctrina, para instruir, mandar, corregir y fortalecer a los hermanos, y guiar a los pastores y a los fieles, si entre él y ellos no hubiese abierta y libre comunicación y correspondencia. Esta comunicación y esta correspondencia, necesaria al ejercicio de los derechos y al cumplimiento de los deberes inherentes a una primacía de institución divina, son asimismo de derecho divino. No es lícito a potestad humana alguna estorbarlos ni interponerlos.

Ningún católico puede apartarse de esta doctrina sin faltar más o menos abiertamente a la fe de sus padres. Tal es la idea genuina y el sencillo cuadro del origen, constitución, prerrogativas y derechos de la Iglesia.

A la verdad, ¿qué otro objeto ha podido tener, y de qué otro principio la podría partir el mismo documento, cuando encomiando la constante sumisión de la nación española a los preceptos de la suprema cabeza de la Iglesia, restringe expresamente aquella sola a los preceptos espirituales, y cuando repitiendo en nombre del gobierno la confianza de no haber olvidado de ningún modo a la religión y a la Iglesia, prometiéndole por ello en mejor ocasión la debida justicia de la misma Santa Sede, y cuando volviendo a protestar de la firme adhesión a las máximas que profesa la nación católica, declara que la Religión, el Pontificado, la Iglesia, tendrá siempre en el gobierno mismo un subdito espiritual? No es, sin duda, otro que el principio tan acepto a los falsos publicistas y políticos que limitan la acción y la potestad de la Iglesia a los recintos del alma, al fuero de la conciencia, y la sujetan a la dependencia y autoridad del poder temporal en todo aquello que en el orden religioso corresponde a la disciplina y a las obligaciones esternas de los fieles.

Caracteres, por ventura, de razón y de sentido, el carácter de «espiritualidad» los preceptos de la Santa Sede, y aquellas palabras con que el gobierno español limita la expresión de su sumisión a la Iglesia, al Pontífice, llamándose subdito espiritual de la misma y del otro? ¿Qué otra interpretación puede atribuírseles en un documento, en el que dicho gobierno se propone justificar ante el mundo su conducta contra las quejas y las reclamaciones de la Santa Sede, que apelando a hechos públicos y notorios, a las disposiciones y leyes de él mismo emanadas, le acusa de haber invadido el terreno de la Iglesia, de haber violado los derechos de la Santa Sede y las estipulaciones clarísimas de un tratado solemne?

¿Pero qué se dirá de aquella parte del despacho en la que no se tiene reparo de anunciar al público tales gravísimas razones que asisten al gobierno para dispo-

ner que no se confieran por ahora los órdenes sagrados? ¿A qué poder temporal, erigiéndose en juez de las cualidades de los que deben consagrarse al altar, de los títulos para ser promovidos al sacerdocio, y del número correspondiente a las necesidades de la Iglesia, invoca a su capricho las leyes eclesiásticas, lo mismo que las civiles; y todo aquello que no conduce a su intento, lo presenta como un abuso que solo puede extenderse y prosperar en tiempos de corrupción en la disciplina eclesiástica y decadencia en el Estado? En esta parte se llega hasta a pronunciar autoritativamente que la facultad de los obispos sobre la ordenación de clérigos tiene un límite... que no pueden prodigar las órdenes sagradas más allá de la necesidad y de la conveniencia pública, y que para dejar libre a los obispos mismos aquella facultad, es indispensable conocer y fijar próximamente, al menos el número de ordenados que necesita la nación. ¿Está por ventura conforme todo esto con las máximas inconcusas ya expuestas, acerca de la supremacía e independencia de la Iglesia en el ejercicio de su potestad y de sus derechos exclusivos en materia de orden religioso?

Y no es esto todo, es preciso reproducir aquí el párrafo del documento español, en donde aludiéndose a la ley de «desamortización», y revelándose la resistencia que, «asumiendo por las amonestaciones de la Santa Sede», opusieron a su ejecución no pocos prelados de la Iglesia española, se supone que mientras algunos obedecían un laudable ejemplo de mansedumbre, y se mostraban obedientes a los preceptos del gobierno, y se presentaban respetuosamente ante el gobierno, otros más útiles a la Iglesia y al Estado, no han titado otros que con descrédito de su patriotismo, y desconociendo sus obligaciones evangélicas, se colocaron en una situación, no solamente hostil, sino rebelde y punible: «de manera que obligaron al gobierno de S. M. a prevenir con algunas medidas de precaución mayores males, separando de sus diócesis algunos obispos, para que no encontrase obstáculo la ejecución de la ley». ¿Dejó por ahora la vindicta del honor injustamente mancillado de algunos miembros del episcopado español, que sin embargo, el despacho se guarda bien de nombrar, y reservase esa tarea para la parte de esta respuesta, destinada a corregir las inexactitudes, a esclarecer las circunstancias y a rectificar los hechos. Entre tanto, examínese y mídase el valor de las significativas palabras del referido párrafo. El «precepto» supone necesariamente el derecho y la competente autoridad en quien lo impone; y «la obediencia» al mismo precepto, supone por su naturaleza el deber y la obligación en quien lo recibe, de respeto y cumplimiento. Mucho más puede considerarse obligado a su observancia, que en caso contrario, se le declara hostil, rebelde, punible; y el castigo para ser legítimo, requiere en quien lo impone el correspondiente poder. Mas, ¿qué era en el caso en cuestión, el objeto que la llamada ley de desamortización atacaba principalmente? Un artículo, como ya se ha dicho, una mixtura, un derecho que es sagrado para la Iglesia por que proviene de su divina constitución, que ella no puede abandonar de modo alguno, y que antes está en el deber de sostener y defender contra toda usurpación y violación.

Según el sentido estricto del mencionado despacho, hasta en las cosas de tal naturaleza, el gobierno español se erige con el derecho de dar «preceptos», de exigir la «obediencia» de ellos, de mirar como «hostiles, rebeldes y punibles», y de castigar efectivamente (aun prescindiendo en este punto de la inmunidad personal de los príncipes de la Iglesia, de los ungidos del Señor.) a los obispos que se opongan a obedecer.

Por donde se ve que el gobierno de la nación católica, y el documento con que ha entendido justificar públicamente su conducta para con la Santa Sede, se funda, y apoya todos sus razonamientos sobre el reprochado principio, que acerca de la independencia absoluta de la Iglesia en el orden de cosas a ella sola confiadas, subordina su poder, sus prerrogativas y sus derechos a la acción y a la voluntad de los gobiernos temporales. Y este principio mismo es el que se desprende del sentido lógico de otros pasajes del mismo despacho. «De ahí que se atribuya al gobierno el derecho de disponer libremente de la propiedad de la Iglesia, sin necesidad de permiso, anuncia o acuerda con la Santa Sede.» De ahí que se establezca en favor del gobierno también el poder de «prohibir» que posea bienes raíces, y el de limitar el modo de «establecer las condiciones y determinar la forma» en que puede adquirir y conservar lo adquirido. De ahí que la Iglesia se le equipare enteramente a las demás sociedades y corporaciones dependientes del Estado, «haciendo «nacer de la ley civil,» no ya «el derecho de propiedad», sino «la vida» también de las corporaciones eclesiásticas.» Y de ahí, en fin, para no citar más, que se mire al clero sin consideración alguna hacia su divino oficio, como un ramo cualquiera dependiente del Estado.

No concluye aquí. Resta todavía que confrontar los mencionados y otros párrafos del documento español, con los infinitos hechos hostiles a la religión y a la Iglesia que en él se omiten, a pesar de que a su tiempo han dado lugar a vivas reclamaciones de los obispos y del representante de la Santa Sede en Madrid. Y no se quiere descender al molesto análisis de las indicaciones circulares del ministerio de Gracia y Justicia, con las cuales se ha inferido las más graves ofensas a la autoridad de la Iglesia, se despojó a sus prelados de diversas atribuciones, inherentes e inseparables al sagrado ministerio de que son responsables ante Dios, y se llegó hasta prohibirles publicar las censuras y condenaciones de los libros y escritos, tocante a la religión, sin el previo consentimiento del gobierno. Se omitirá igualmente el riguroso examen de las disposiciones tomadas respecto a los seminarios eclesiásticos, diócesanos, y de la indefinida y perjudicial medida de prohibir a los obispos la provisión, en la forma canónica acostumbrada, de las parroquias vacantes. Pasaré también desapercibido el decreto de 11 de setiembre de 1854, suprimiendo la comunidad de religiosos gerónimos, restablecida poco antes en el célebre monasterio del Escorial, en virtud del art. 27 del Concordato; el decreto del 5 de febrero de 1855, restableciendo la odiosa e injusta ley de 15 de agosto de 1851, respecto a las capellanías colativas de patronato familiar, en oposición manifiesta a lo pactado expresamente en el mismo tratado, en el cual se estipuló que acerca de las antiguas y nuevas fundaciones eclesiásticas, no pudiesen hacerse cambios ni supresiones alguna sin la intervención de la autoridad pontificia; y, finalmente, el otro de 25 de abril del mismo año, por el cual se suspende la presentación y toma de posesión para cualquier beneficio con cura de almas o sin ella, ya fuese de derecho, patronato particular, eclesiástico, secular o misto.

Todo esto, sin embargo, si bien en sí mismo muy grave, la parece menos en comparación de un hecho que no puede erorrse al leerse sin la mayor sorpresa, a saber: que el gobierno de la nación católica haya llevado la profesión práctica del falso principio de que la Iglesia depende del Estado, hasta el punto de aplicarlo a su augusta cabeza, al vicario de Jesucristo, cuando ejercita su supremo ministerio, y en uso de las sublimes prerrogativas de su divino primado, declara las doctrinas de la Iglesia y pronuncia su oráculo infalible en materias de fe.

Y sin embargo es así! Cuando el Sumo Pontífice Pío IX, en medio del religioso júbilo de los fieles, realizando las esperanzas y los votos de muchos siglos, declaró dogma de fe la Immaculada Concepción de la Madre de Dios, María Santísima, la nación eminentemente católica, la devota nación española, tardó muchos meses en ver publicada en la Península la bula *Ineffabilis Deus*, o sea el gran documento de la solemne definición, porque el gobierno quiso sujetarlo a todas las formalidades del llamado *Exequatur*, violando con esto las leyes mismas del reino, las cuales, si por antiguo abuso de poder, contradicho siempre y jamás reconocido por la Santa Sede, le exigen en algunos de sus actos, han declarado expresamente exentos de tal formalidad, entre otros, las bulas dogmáticas. Pero aun hay más. Es también un hecho innegable, es un hecho de funestísimo recuerdo que en la circular dirigida en 9 de mayo de este año a los prelados, se llegó también a declarar que la concesión del *Exequatur*, por parte pedida, y por el contrario, rechazada abiertamente en varias notas del encargado pontificio, debía entenderse sin perjuicio de las leyes, reglamentos y disposiciones que al presente rigen o puedan en adelante regir acerca de la libertad de la prensa y la enseñanza pública y privada.

Cuya declaración equivale a decir que en España (donde hasta existe una antigua ley, en virtud de la cual nadie puede obtener grados académicos sin pre-

vio juramento de profesar y defender la Concepción Immaculada de la Virgen), ahora, no obstante la solemne definición proclamada sobre tal misterio desde lo alto del Vaticano, no puede prohibirse el sostener y enseñar privada o públicamente el error contrario.

Pero es ya tiempo de entrar en el examen de los varios puntos que trata más particularmente el citado despacho, y de cada una de las declaraciones con las que el gobierno español pretende disipular su conducta hacia la religión, la Iglesia y la Santa Sede. «La parte importante de las discusiones», según el citado despacho, «promovidas por Su Santidad con el gobierno de la Reina, y que mas que otra alguna tiene el carácter de religiosa, es la que se refiere a la base segunda de la futura Constitución del Estado, volada por la Asamblea constituyente;» a saber, la base relativa a la religión que profesa la nación española. Y después de haber copiado el texto literal de la misma, y haber llegado a decir, «sin reparo», que no hay en la Constitución de ningún pueblo católico, en las leyes civiles de ningún pueblo cristiano, un testimonio más «puro de religiosidad y de fe» después de haber proclamado, «así bien así, pesar, que lo que encuentra injusto la Santa Sede es que no se persiga, según la base en cuestión, a ningún español ni extranjero por sus opiniones o creencias, mientras no las manifieste por actos públicos contrarios a la religión;» después de haber añadido que si el Estado, manteniendo y protegiendo el culto católico, no persigiese sin embargo a ningún ciudadano por actos contrarios a la religión, todavía no podría tratarse al gobierno español de mal católico; que eso y mas tolerar, que eso y mas dejar hacer a la mayor parte de los gobiernos católicos, aquellos a quienes mas debe la Santa Sede;» después de haber sostenido que de único que se garantiza al hombre de «conciencia errónea», es que no se escudará su conciencia, que no se violará el secreto de su hogar, que no se emplearán nunca en contra suya los antiguos procedimientos del antiguo tribunal de la fe;» después de haber observado que aparece aun más injusta con «España la Santa Sede, si se considera que lo que hoy «consigna la Constitución del Estado, dice de hecho «en el reino ha muchos años, ha sido de hecho tolerado por la Constitución de 1837 y por la de 1845, y existe «de derecho desde 1845 en que se promulgó el Código penal, donde una, dos, tres veces, en diversos artículos y bajo diversas formas, quedó terminantemente establecido que la publicidad fuera la condición esencial del delito religioso;» después, en fin, de confrontar el artículo primero del recentísimo solemne Concordato, con la base discutida de la futura Constitución, concluye manifestando el más íntimo convencimiento, ser evidente, ser cosa fuera de discusión, que ni hay ofensa a la religión, ni se ataca de modo alguno a la unidad católica, ni hay siquiera infracción de Concordato en la base correspondiente.

Si tal convencimiento del gobierno español es fundado, si tal su indicada apreciación acerca de la base segunda de la futura Constitución es verdadera y legítima, o por el contrario falsa y destituida enteramente de razón, es lo que ahora va a examinarse para norma y guía del juicio que aquel gobierno espera del mundo y de las potencias católicas. Por lo que se respecta a la religión y a la unidad católica, a la que se pretende no haber inferido ningún perjuicio ni ofensa con la base segunda, es un principio, por todos admitido, que la opinión pública y el sentido común son y han sido siempre considerados un argumento, una regla un criterio seguro de verdad.

Supuesto que la opinión general y el sentido común de la nación española ha visto en la base segunda de la futura Constitución el peligro para la religión, la ofensa para la unidad católica, que no vio el gobierno, ¿qué han de creerse engañados? ¿qué han de ver a la vista clara? ¿De qué parte ha de creerse el engaño y el error, de cual la verdad y la razón? ¿Cuál fué realmente la opinión y el sentido universal de la nación católica al presentarse la base a su discusión, a sus alternativas, a su aprobación, y aun después de aprobado y votado por la Asamblea constituyente el proyecto de la base de que se habla? Niéguese, si es posible, que toda España se alzó como un solo hombre a pedir, suplicar y quejarse con la energía inspirada por el íntimo amor a la religión y unidad católica, contra el ataque que sufría con la aprobación de la base. Por fortuna, salió a la luz en la capital del reino un libro en el cual, juntamente con los actos concernientes a la base, se reunió una cuestión, estaban reunidas la mayor parte que fué posible reunir a sus actores de las solicitudes, reclamaciones y protestas dirigidas con este objeto de todas las partes de la Península, de toda clase de condición de personas. En él se leen las reclamaciones de todos los arzobispos, obispos y prelados del reino, de los custodios y tutores del sagrado depósito de la fe y unidad católica. En él se leen las suplicas de los vicarios capitulares o gobernadores eclesiásticos de las diócesis vacantes, de los cabildos de las iglesias metropolitanas, catedrales y colegiales. Las reclamaciones de los párrocos y pastores de almas, sea el que quiera su título, y de otros muchos pertenecientes al clero español.

Se ven también las vivas exposiciones de los Antañones y de las poblaciones grandes y pequeñas, ricas y pobres, ilustres y oscuras de España, que todas a una voz, previendo el peligro que amaga a la religión, lamentando la ofensa inferida a la unidad católica por la propuesta segunda base de la futura Constitución, piden, demandan, protestan para que no se altere ni en un solo ápice el estado de la religión de sus abuelos, para que no se toque ni haga el menor daño a la unidad católica, joya preciosa de la Corona de España, glorioso resplandor de tantas victorias y triunfos de la nación, única y pura corriente de prosperidad en tiempos de grata e indeleble memoria. Abranse y recorran ligeramente las páginas del citado libro; échese una ojeada sobre las innumerables representaciones que allí hay copiladas; obsérvense los muchos y muchos cientos y millares de firmas que traen, según el sitio de donde proceden; nótese los nombres de los primeros propietarios, comerciantes, literatos, artistas y patriotas de las más notables y florecientes ciudades del reino, de personas de todos los partidos, sin distinción de color político, y después dedúcese si no es en masa; si aquellos estímulos, aquellas peticiones, aquellas vivas protestas son o no la genuina expresión del voto unánime de la opinión universal, del sentido común de los fieles de España.

Mas, ¿a qué alargarse en estos datos y otros parecidos razonamientos, cuando lo hecho por las Cortes y el gobierno mismo ofrece las más luminosas e irrefragables pruebas sobre este propósito? Es inútil decir que la agitación, la inquietud, el disgusto de la una y del otro, por el número, siempre creciente, de las reclamaciones que llegaban de todos los puntos de la Península, fueron la causa imperiosa para que, a pesar de los contrarios de la base segunda, se interrumpiera de un golpe la discusión para aprobarla y votarla en las altas horas de la noche del 25 de febrero 1.º de marzo. Es, pues, inútil referir lo que pasó dentro del edificio de las Cortes aquella misma noche y en las siguientes, con el fin de poner término a las quejas y reclamaciones de los que no desistían de quejarse de las diferentes poblaciones de España, a pesar de estar ya aprobada y volada dicha base. No es menos inútil añadir que en medio de acaloradas discusiones sobre el valor de la resolución tomada por las Cortes, hasta no haber obtenido la sanción soberana, y que fuese promulgada, a pesar de la eficacia con que alguno reclamó la observancia de las reglas constitucionales y la fuerza de los argumentos con que sostuvo la libertad, el derecho de petición que gozaron los españoles en todos tiempos, y especialmente por las Constituciones anteriores, la misma Asamblea, con la misma intención de contener el número, siempre creciente, de exposiciones y protestas, declaró el 3 de marzo que no admitiría ninguna petición contra las bases constitucionales tan luego como estas fuesen aprobadas.

«Conviene, sin embargo, manifestar, que conveído el gobierno del país o ningún efecto de la resolución adoptada por las Cortes, y que aun cuando aquellas no admitieran ninguna continuación firmándose y publicándose, por lo cual tuvo que recurrir al extremo de mandar, por conducto del ministro de la Gobernación, en orden del D.º del mismo, que de allí en adelante no se hicieran exposiciones contra las bases, aprobadas y que estuvieran á punto de aprobarse, advirtiéndoles expresamente que entregaría a los tribunales a todos aquellos que con tal motivo contuvieran acciones penadas por la ley.»

De estos hechos, que son públicos, notorios, y constan además en el *Diario de las Sesiones*, y de otros documentos oficiales se desprenden espontáneamente con-

secuencias diametralmente opuestas a lo sostenido en el despacho español, y estas consecuencias no pueden ser más legítimas ni claras. O el voto unánime, la opinión general y el sentir común de una gran nación no es un argumento, una regla, un criterio de verdad, o lejos de ser evidente y fuera de discusión que la base segunda no encierra peligro alguno para la religión, ni para la unidad católica, es al contrario cierto e indudable, evidéntese, que amenaza gravemente aquella y compromete esta.

En efecto; ¿por qué en circunstancias semejantes y momentos tan importantes y solemnes, cuando se discutieron los artículos pertenecientes a la religión en las Constituciones de 1837 y 1845, los fieles de España permanecieron tranquilos, y no se espació por toda la nación la ansiedad, las dudas y los temores suscitados universalmente al discutirse y votarse la segunda base? ¿Por qué entonces no tuvieron lugar las reclamaciones hechas en todas formas, por toda clase de personas, y de todos los puntos de la península, a las cuales, solo privando a los españoles del derecho de petición se pudo poner límite? Y sin embargo, estaba la nación, lo mismo que ahora, animada del más puro y ardiente celo por la religión de sus mayores; celosa igualmente por que quedase ileso, intacto el principio de unidad católica. No es necesario indagar y estudiar la causa, siéndo esta tan obvia y manifiesta: la católica nación española no vio en los artículos de la Constitución de 1837 y 1845 el peligro por la religión y el daño a la unidad católica, que vio universalmente en la segunda base de la Constitución del Estado.

Con esto se manifiesta el fruto con que se hace relación en el despacho a las dos indicadas Constituciones. Aparece aun más claramente la oportunidad de la orden de 8 de marzo, con la que se prohibió toda ulterior demostración y petición contra las bases de la futura Constitución ya aprobadas, o que estaban para aprobarse, y se permitieron las siguientes significativas palabras: «Aquellos que abusan de la credulidad de las personas simples, agitan los ánimos haciendo exposiciones y recogiendo firmas, con las que se intenta falsificar la verdadera opinión del país, y cubren con la máscara de sentimientos religiosos sus comatos de perturbación, no solo atentan contra la autoridad de la Asamblea, sino que turban la tranquilidad pública, espandiendo la alarma.» Parece increíble que en la capital del reino eminentemente católico, que en una orden dada en nombre de la Reina Católica, se halla llegado a proclamar que unas exposiciones dirigidas a obtener una reforma en la base segunda en sentimientos menos peligrosos para la religión y para la unidad católica, se trate de falsificar la verdadera opinión del país, no pudiendo sostenerse eso lógicamente, sin probar al mismo tiempo que el sentimiento religioso, exclusivamente católico, el sentimiento conservador de la unidad, es el sentimiento sincero de la nación española.

(Se continuará.)

En la edición de Madrid de nuestro número de ayer, han salido algunos ejemplares con los epígrafes de *Cortes y Teatros* trocados, equivocación de ajuste que habrán advertido nuestros lectores, y que nos apresuramos a rectificar.

BOLSA.—Paris 1.º de febrero.

Fondos franceses.—Tres por 100, 71 90.

Idem enatro y medio por 100, 96 60.

Idem españoles.—Tres por 100 interior, 37 42.

Exterior, 00.

Diferido, 23 14.

Amortizable, 00.

Consolidados, 90 5/8 a 90 3/4.

PARIS viernes 1.º de febrero.—Se confirman universalmente las esperanzas de que la aceptación de las condiciones propuestas, servirá de base sólida y segura a la paz general. Así al menos se expresa la generalidad de los periódicos de Europa, y se deduce de las transacciones mercantiles, del lenguaje de los círculos políticos, y del movimiento de la diplomacia. Las noticias recibidas hoy mismo de Alemania corroboran estos alegres pronósticos.—Inglaterra continuará haciendo preparativos militares hasta ver el resultado de las conferencias.—Decididamente estas se verificarán en París: circunstancia que también se considera como feliz augurio.

Preocupa seriamente a los hombres políticos lo que está sucediendo en ciertas regiones de la situación, respecto a la conformidad y futuros planes del presidente del Consejo y del candidato del Campo de Guardias.

Hace ya tiempo que en los altos círculos y en la prensa se ha insinuado primero, y esplanado, y explicado después, que la coexistencia en el ministerio de sus dos notabilidades ya es imposible, y de algunos días a esta parte se han robustecido en diversos sentidos las pruebas que deben determinar alguna solución en este asunto, que muchos consideran como un perenne conflicto.

Mientras un día y otro se pregona la cordial unión de los dos capitanes generales que hay en el poder, uno de ellos se ve contrariado por los elementos favorables al otro, y sucede lo que saben nuestros lectores y lo que se confirma en los párrafos de algunos periódicos que traslados a continuación:

«Hemos vuelto a aquellos dichosos tiempos en que para juzgar de la vitalidad de un gabinete, ó de un ministro, la prensa, el público y los hombres políticos tenían puestos sus ojos en los diez ó doce diputados que generalmente había en los Congresos moderados, y á quienes se suponía más ó menos adheridos a una influencia poderosa en la política palpitante. ¿Se quería saber las probabilidades de vida ó muerte que cupiera un ministerio?—Pues lo primero era averiguar cómo habían votado estos ó los otros diputados de la casa en cuestión.

Para nada tenían que ver en esto los principios políticos; ejemplo, la votación presidencial de 1849, que derribó a un gabinete, el cual tenía una gran mayoría moderada detrás de él. Hoy, lo repetimos, hemos vuelto al parecer á esas grandes épocas de constitucionalismo y de verdad parlamentaria; pero ahora el mal es mayor, porque los que á tales síntomas arreglan su conducta política, olvidan que la influencia no está fuera, sino dentro del gobierno, y que ó todo es una farsa ya, ó no hay derrota ministerial posible en cuestiones fundamentales que no alcancen á todo el ministerio.

Y si nosotros fuéramos trono y poder ejecutivo, de segundo lo tendríamos muy presente para obrar en el caso de una crisis ministerial.

Por lo demás, creemos que se da á esto una importancia mayor que la que tiene. Los señores Gurrea, Saravia, Larra y otros diputados votaron ayer sin duda, como siempre, con arreglo á su conciencia, en favor de la amplitud del sufragio electoral, y contra ellos votaron los señores Montesinos, Gomez y otros que tienen iguales relaciones que aquellos con el duque de la Victoria.

Este, que no es más que la reproducción del momento del voto, acaudaló al salón de conferencias tan luego como por un ministro tuvo noticia de la votación, y creemos que el micrófono todo el gobierno se presentará comprometido á la Cortes para volver en cuestiones, que si son de principios, por lo mismo no pueden ser abandonadas al azar de las combinaciones de la sala de conferencias.

Muchos diputados que ayer votaron de una manera opuesta al gabinete, desde el instante que han visto las consecuencias que hoy día podría tener una crisis, es seguro que no contribuirán á precipitarla.



«El gobierno, por incapaz, se ha hecho acreedor a los anatemas de la opinión pública, y a los encendidos rayos del Parlamento. Pero creemos haber dicho en la crónica de tener algo del exterior de los hechos. Y en efecto, el general O'Donnell había llamado al señor Sarabia, recomendándole por su actitud en la cuestión de las bases electorales. ¿Cómo ha votado V. en contra mi le dijo. El señor Sarabia presentó en el acto su dimisión.»

«Algo de extraordinario hay estos días en la atmósfera de la situación, y algo capaz de producir próximamente peripecias que acrecen su desenlace. Varios síntomas se observan, que comprueban la exactitud de nuestras palabras. Ha habido artículos de periódicos a quienes el público atribuye una especialísima significación, que diferenciándose notablemente por su espíritu y tendencias de los escritos hasta ahora habituales de esos periódicos, revelan una modificación esencial en su manera de apreciar las cosas; ha habido una reanudación notable en los ataques de los periódicos contra las influencias más temidas de la fusión de los avanzados y de los descontentos, que se refieren sobre la base de que todos quieren la misma latitud en los derechos constitucionales, y se muestran dispuestos a renovar, esta vez con mayor decisión y unidad, las pretensiones antiguas, y hasta las más malogradas, de purificar la situación, bajo la égida protectora, por de contado, del duque de la Victoria.»

Fácilmente pudo observarse esto ayer, al ver el giro que un incidente de carácter privado, y de suyo insignificante, vino a dar a los debates de la Cámara, y que creó después una cuestión que ha merecido los honores de ocupar la atención de los hombres de Estado de la situación, hasta que al cabo pudieron estos hacer circular anoche, con aire de triunfo, que había habido un desahuce satisfactorio. El caso, según nuestras noticias, que tenemos por fidedignas, fue como el de volverse la enmienda del Sr. Sorni, emitida por voto contra el gobierno un diputado que es oficial del ministerio de la Guerra; al Sr. O'Donnell hubo de manifestarle con este motivo su extrañeza, y el susodicho diputado, funcionario y militar, hubo de creer que en tal caso, ante que otras consideraciones muy atendibles, sin embargo, le correspondía echar fueros de independencia y ofrecer su dimisión. Escasa importancia habría tenido esto, si el diputado en cuestión no perteneciese a la que puede llamarse la casa militar del presidente del Consejo; pero como se hallaba en el caso de disfrutar de todas las inmunidades consiguientes a tal alta prerogativa, he aquí que la noticia cuando se alude a ella en la discusión el Sr. Sorni, que se hablan conferencias y negociaciones para evitar un conflicto considerado como inminente entre los gefes del ministerio, y que al compás de todo esto se agitan se conmueven las fracciones puritanas de la Cámara, que quieren aprovecharse de tan favorables circunstancias, para libertar al presidente del Consejo de cautividad en que, según ellas, yace, y colocarlo en la salvaguardia de sus naturales amigos, los puros los demócratas.

Lo que hubiera acontecido, a seguir la discusión, no sabemos; pero creemos generalmente que el señor Sorni estaba dispuesto a tomar parte en ella, capitaneando a los descontentos, y hasta que otro general, el Sr. San Miguel, había contraído el compromiso de votar el debate en el mismo sentido. Este peligro se evitó por el pronto, suspendiéndose hasta el miércoles las sesiones; pero bien lo sintieron los individuos del gabinete, y particularmente el señor Escosura, cuyo desfallecimiento era notable. Quedaba el de la división del diputado oficial del ministerio de la Guerra; pero, según ya hemos dicho anoche, se anunció que también se había desahucado; como habrá sido, no lo sabemos; vivamente deseamos conocer los términos del senlase de este negocio, para apreciar como se comportan en estos tiempos el respeto debido a los fueros del diputado, con las consideraciones no menos respetables de la subordinación y de la dependencia gerárquica; como se juzga la circunstancia de haber espionado en la discusión un hecho de carácter privado a la Cámara, y cuál haya sido, por último, la actitud relativa de las influencias ministeriales en la resolución de este negocio.

## PARTE OFICIAL.

### RESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

La Reina (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

#### REAL DECRETO.

De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en nombrar gobernador de la provincia de Segovia a D. Manuel Lopez Infantes, diputado a Cortes.

Dado en palacio a treinta de enero de mil ochocientos cincuenta y seis.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Baldome-Espartero.

### MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

#### REAL DECRETO.

De conformidad con el parecer de mi Consejo de ministros, a propuesta del de la Gobernación, vengo en nombrar ministro del tribunal supremo contencioso-administrativo a D. Tomás María Saez de Vizanones, catedrático de administración que ha sido, vocal de la comisión de códigos, y encargado de negocios.

Dado en palacio a primero de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Patricio de la Escosura.

### Subsecretaría.—Negociado 2.º

Excmo. Sr. La Reina (Q. D. G.), considerando que habiendo las Cortes acordado en la Constitución política de la monarquía el establecimiento de un Consejo de Estado que ha de ser el cuerpo supremo contencioso-administrativo, no es posible determinar acertadamente nada que tenga relación con los procedimientos de la misma especie; con presencia del luminoso informe de ese Tribunal Supremo, fecha en 21 de noviembre de 1855, ha tenido a bien mandar que se efectúe un orden de 14 del mes próximo pasado, en que se reúnan ocho plazas de abogados agentes, especiales que pertenecen a las partes en todos los negocios contencioso-administrativos. Dado en palacio a 1.º de febrero de 1856.—Luzán.—Sr. Director General de Obras públicas.

### MINISTERIO DE FOMENTO.

#### Otras públicas.

Rmo. Sr. De acuerdo con lo informado por el tribunal Supremo Contencioso-administrativo, S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha servido declarar que el Ayuntamiento de la Antigua de Lejona, ni la junta de comercio de Bilbao tienen derecho alguno de dominio sobre los terrenos de la playa de Lantaco, en la ribera derecha de Nervion, los cuales son y deben considerarse como de dominio público, debiendo ser por consiguiente regulado por la administración su aprovechamiento, según sea más conveniente a los intereses generales del procomún.

De real orden lo dio a V. L. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dado en palacio a 1.º de febrero de 1856.—Luzán.—Sr. Director General de Obras públicas.

### MINISTERIO DE LA GUERRA.

El capitán general de Andalucía, en comunicación de 26 de enero, manifiesta a este ministerio que el Gendarmequino continuaba bajando, habiéndose desahucado casi todos los puntos inmundos de Sevilla, por lo que se aboga la grata esperanza de que pronto se vera libre la población de la calamidad que hace un mes la está asolando. Dicho día fue el último que la guarnición suministró las 5,500 raciones para las necesidades, habiendo asistido SS. AA. RR. los Sermos. señores duques de Montpensier a presenciar el reparto en los cuarteles; y así la tropa como la multitud de pobres que se estaban socorriendo, manifestaron sus

simpatías y profundo agradecimiento hacia unos principes que tanto han hecho para aliviarlos en su aflicción. Y un tanto por su parte tomaba las disposiciones y medidas higiénicas convenientes para evitar el que a consecuencia de la inundación se desarrollase alguna enfermedad epidémica. Los jefes y oficiales de la armada nacional existentes en Sevilla han remitido también su donativo al capitán general para que en unión de los que han facilitado sus compañeros del ejército, se apliquen asimismo al socorro de los menesterosos.

### MINISTERIO DE MARINA.

#### Guarda-costas.

La escampavía *Santiago*, de la división de las Baleares, reconoció en aquellas aguas el 12 de diciembre último al land de la matrícula de Mallorca *San José*, procedente de Argel, encontrándole a su bordo 407 pañuelos de algodón, otras varias piezas sueltas del mismo género y 4,600 papeletes, todo lo que fué depositado en la aduana y tesorería de Palma.

La nombrada *Alarma*, del apostadero de Algeciras, apresó el 17 de enero próximo pasado, sobre los arrecifes del Rinconillo, una lancha con cuatro fardos de tabaco.

### MINISTERIO DE LA GUERRA.

Excmo. Sr. He dado cuenta a la Reina (Q. D. G.) de la comunicación de V. E. de 24 de este mes, en que, con referencia a la que le dirigí con fecha del 17 el sargento segundo de la Guardia civil de su cargo, comandante del puesto de San Mateo, en la provincia de Castellón, da cuenta a este ministerio del importante servicio que ha prestado en los días y noches del 14, 15 y 16 del actual, con noticia que tuvo del alcalde del pueblo de Chert, distante hora y media de aquel punto, de que había sido asaltado por una gaviola de ladrones la casa de don Juan Sanz, bolicario de aquella vecindad; acompañado de la fuerza del puesto, con presencia del cabo segundo Ramon Gabaldá, guardia primero José Ordóñez, y los de segundo clase Manuel Plazgo y Vicente Ferrer, emprendió la marcha para allá; pero que habiéndole manifestado dicha autoridad al ser llegada que uno de los criminales había sido muerto y otro herido por los paisanos que sitiaban la casa al intentar la fuga de ella, y huido los demás, se constituyó con la referida autoridad en la casa capitular, donde se encontraban depositados el cadáver y herido mencionados, con el objeto de indagar, por la declaración de este, quienes eran los fugados y el número de que se componía la gaviola; habiéndole manifestado que eran 13 ó 14 los complicados, y que la intención que llevaban era la de asaltar y robar en aquella misma noche tres casas de aquel pueblo, del de las Cuevas de Vizenomar y de Alcalá de Chisvert; procediendo en consecuencia de estos antecedentes, y de la noticia de los nombres y domicilios que les habían revelado, a ordenar las disposiciones convenientes que han dado por resultado la captura de 12 de aquellos criminales, que con las armas de su uso y municiones que tenían fueran aprehendidos en los diferentes pueblos de aquel distrito en que se encontraban, y puestos a disposición de la autoridad competente para que sean juzgados con arreglo al fallo de la ley; habiendo dado sumario de los complicados de este acuerdo, servicio las autoridades y vecinos honrados de dichos pueblos, por verse ya libres de las fechorías y desmanos que cometían, y que los tenía en una continua alarma.

Y S. M., enterada de todo, se ha servido disponer que se publique este servicio en la *Gaceta* oficial, y lo manifieste a V. E. de su real orden para su inteligencia y por contestación. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 29 de enero de 1856.—O'Donnell.—Sr. inspector general de la Guardia civil.

Excmo. Sr. La Reina (Q. D. G.) se ha enterado de cuanto contiene el escrito que V. E. dirigió a este ministerio con fecha 24 del presente mes, trasladando el oficio que con tal del 19 le pasó el comandante de la Guardia civil de su cargo en la provincia de Badajoz, con inserción del parte detallado que le exigió al teniente de la misma don Guillermo Baicher, comandante de la línea de Jerez de los Caballeros, acerca de los desagradables sucesos que habían ocurrido en las dehesas tituladas de Margarita y de la Boleada, de aquel término, en los días 8 y 10 del actual, con unos vecinos de Santa Ana y Valle de Matamoros, que habiéndolas invadido en número de mas de 600 personas con hachas y algunas escopetas, y diseminadas en diversos grupos, procedieron de un modo escandaloso a la tala de su arbolado, desobediendo además con insultos y atropellos las persuasivas, terminantes y eficaces amonestaciones que con tal motivo y para impedirlo fueron empleados por la fuerza del cuerpo contenida en la referida parte, lo que dio lugar por disposición de la autoridad civil velaba sobre ellas; en consecuencia de lo cual dice que el cabo segundo de la primera compañía de infantería del noveno tercio, Juan Sanchez, y el guardia primero de la misma, Alonso Nogales, desplegaron una actitud imponente, fundada en el mayor arrojo, firmeza y tino para conseguir el contener los muchos desmanes é insultos que tanto parecían como generales han poniendo en ejecución aquellos hasta llegar a dirigirlos los desaforados gritos de «¡matarlos!» y a ellos, que estos vienen pagados por el tino de D. José Guzmán, a los cuales contestaron con la mas enérgica decisión, que la Guardia civil no iba pagada por nadie mas que por S. M. para cumplir con sus deberes y llevar a cabo el mandato de la autoridad, que había dispuesto la taseación del daño que habían ocasionado en los días anteriores y que evitasen el corte de la leña, siendo el resultado haber conseguido poner término a los desmanes referidos; contribuyendo a la vez, y eficazmente, la llegada del juez de primera instancia don Juan de la Cruz, y el de segundo don Juan de la Cruz, y el de tercero don Juan de la Cruz, y el de cuarto don Juan de la Cruz, y el de quinto don Juan de la Cruz, y el de sexto don Juan de la Cruz, y el de séptimo don Juan de la Cruz, y el de octavo don Juan de la Cruz, y el de noveno don Juan de la Cruz, y el de décimo don Juan de la Cruz, y el de undécimo don Juan de la Cruz, y el de duodécimo don Juan de la Cruz, y el de trece don Juan de la Cruz, y el de catorce don Juan de la Cruz, y el de quince don Juan de la Cruz, y el de dieciséis don Juan de la Cruz, y el de diecisiete don Juan de la Cruz, y el de dieciocho don Juan de la Cruz, y el de diecinueve don Juan de la Cruz, y el de veinte don Juan de la Cruz, y el de veintiuno don Juan de la Cruz, y el de veintidós don Juan de la Cruz, y el de veintitrés don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro don Juan de la Cruz, y el de veinticinco don Juan de la Cruz, y el de veintiseis don Juan de la Cruz, y el de veintisiete don Juan de la Cruz, y el de veintiocho don Juan de la Cruz, y el de veintinueve don Juan de la Cruz, y el de treinta don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y nueve don Juan de la Cruz, y el de cuarenta don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y uno don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y dos don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y tres don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y cinco don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y seis don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y siete don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y ocho don Juan de la Cruz, y el de cuarenta y nueve don Juan de la Cruz, y el de cincuenta don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y uno don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y dos don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y tres don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y cinco don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y seis don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y siete don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y ocho don Juan de la Cruz, y el de cincuenta y nueve don Juan de la Cruz, y el de sesenta don Juan de la Cruz, y el de sesenta y uno don Juan de la Cruz, y el de sesenta y dos don Juan de la Cruz, y el de sesenta y tres don Juan de la Cruz, y el de sesenta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de sesenta y cinco don Juan de la Cruz, y el de sesenta y seis don Juan de la Cruz, y el de sesenta y siete don Juan de la Cruz, y el de sesenta y ocho don Juan de la Cruz, y el de sesenta y nueve don Juan de la Cruz, y el de setenta don Juan de la Cruz, y el de setenta y uno don Juan de la Cruz, y el de setenta y dos don Juan de la Cruz, y el de setenta y tres don Juan de la Cruz, y el de setenta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de setenta y cinco don Juan de la Cruz, y el de setenta y seis don Juan de la Cruz, y el de setenta y siete don Juan de la Cruz, y el de setenta y ocho don Juan de la Cruz, y el de setenta y nueve don Juan de la Cruz, y el de ochenta don Juan de la Cruz, y el de ochenta y uno don Juan de la Cruz, y el de ochenta y dos don Juan de la Cruz, y el de ochenta y tres don Juan de la Cruz, y el de ochenta y cuatro don Juan de la Cruz, y el de ochenta y cinco don Juan de la Cruz, y el de ochenta y seis don Juan de la Cruz, y el de ochenta y siete don Juan de la Cruz, y el de ochenta y ocho don Juan de la Cruz, y el de ochenta y nueve don Juan de la Cruz, y el de noventa don Juan de la Cruz, y el de noventa y uno don Juan de la Cruz, y el de noventa y dos don Juan de la Cruz, y el de noventa y tres don Juan de la Cruz, y el de noventa y cuatro don Juan de la Cruz, y el de noventa y cinco don Juan de la Cruz, y el de noventa y seis don Juan de la Cruz, y el de noventa y siete don Juan de la Cruz, y el de noventa y ocho don Juan de la Cruz, y el de noventa y nueve don Juan de la Cruz, y el de cien don Juan de la Cruz, y el de cien y uno don Juan de la Cruz, y el de cien y dos don Juan de la Cruz, y el de cien y tres don Juan de la Cruz, y el de cien y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cien y cinco don Juan de la Cruz, y el de cien y seis don Juan de la Cruz, y el de cien y siete don Juan de la Cruz, y el de cien y ocho don Juan de la Cruz, y el de cien y nueve don Juan de la Cruz, y el de ciento don Juan de la Cruz, y el de ciento y uno don Juan de la Cruz, y el de ciento y dos don Juan de la Cruz, y el de ciento y tres don Juan de la Cruz, y el de ciento y cuatro don Juan de la Cruz, y el de ciento y cinco don Juan de la Cruz, y el de ciento y seis don Juan de la Cruz, y el de ciento y siete don Juan de la Cruz, y el de ciento y ocho don Juan de la Cruz, y el de ciento y nueve don Juan de la Cruz, y el de doscientos don Juan de la Cruz, y el de doscientos y uno don Juan de la Cruz, y el de doscientos y dos don Juan de la Cruz, y el de doscientos y tres don Juan de la Cruz, y el de doscientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de doscientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de doscientos y seis don Juan de la Cruz, y el de doscientos y siete don Juan de la Cruz, y el de doscientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de doscientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de trescientos don Juan de la Cruz, y el de trescientos y uno don Juan de la Cruz, y el de trescientos y dos don Juan de la Cruz, y el de trescientos y tres don Juan de la Cruz, y el de trescientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de trescientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de trescientos y seis don Juan de la Cruz, y el de trescientos y siete don Juan de la Cruz, y el de trescientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de trescientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y uno don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y dos don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y tres don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y seis don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y siete don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de cuatrocientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de quinientos don Juan de la Cruz, y el de quinientos y uno don Juan de la Cruz, y el de quinientos y dos don Juan de la Cruz, y el de quinientos y tres don Juan de la Cruz, y el de quinientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de quinientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de quinientos y seis don Juan de la Cruz, y el de quinientos y siete don Juan de la Cruz, y el de quinientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de quinientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de seiscientos don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y uno don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y dos don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y tres don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y seis don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y siete don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de seiscientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de setecientos don Juan de la Cruz, y el de setecientos y uno don Juan de la Cruz, y el de setecientos y dos don Juan de la Cruz, y el de setecientos y tres don Juan de la Cruz, y el de setecientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de setecientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de setecientos y seis don Juan de la Cruz, y el de setecientos y siete don Juan de la Cruz, y el de setecientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de setecientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de ochocientos don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y uno don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y dos don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y tres don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y seis don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y siete don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de ochocientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de novecientos don Juan de la Cruz, y el de novecientos y uno don Juan de la Cruz, y el de novecientos y dos don Juan de la Cruz, y el de novecientos y tres don Juan de la Cruz, y el de novecientos y cuatro don Juan de la Cruz, y el de novecientos y cinco don Juan de la Cruz, y el de novecientos y seis don Juan de la Cruz, y el de novecientos y siete don Juan de la Cruz, y el de novecientos y ocho don Juan de la Cruz, y el de novecientos y nueve don Juan de la Cruz, y el de mil don Juan de la Cruz, y el de mil y uno don Juan de la Cruz, y el de mil y dos don Juan de la Cruz, y el de mil y tres don Juan de la Cruz, y el de mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de mil y seis don Juan de la Cruz, y el de mil y siete don Juan de la Cruz, y el de mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de dos mil don Juan de la Cruz, y el de dos mil y uno don Juan de la Cruz, y el de dos mil y dos don Juan de la Cruz, y el de dos mil y tres don Juan de la Cruz, y el de dos mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de dos mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de dos mil y seis don Juan de la Cruz, y el de dos mil y siete don Juan de la Cruz, y el de dos mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de dos mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de tres mil don Juan de la Cruz, y el de tres mil y uno don Juan de la Cruz, y el de tres mil y dos don Juan de la Cruz, y el de tres mil y tres don Juan de la Cruz, y el de tres mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de tres mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de tres mil y seis don Juan de la Cruz, y el de tres mil y siete don Juan de la Cruz, y el de tres mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de tres mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y uno don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y dos don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y tres don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y seis don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y siete don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de cuatro mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de cinco mil don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y uno don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y dos don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y tres don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y seis don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y siete don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de cinco mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de seis mil don Juan de la Cruz, y el de seis mil y uno don Juan de la Cruz, y el de seis mil y dos don Juan de la Cruz, y el de seis mil y tres don Juan de la Cruz, y el de seis mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de seis mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de seis mil y seis don Juan de la Cruz, y el de seis mil y siete don Juan de la Cruz, y el de seis mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de seis mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de siete mil don Juan de la Cruz, y el de siete mil y uno don Juan de la Cruz, y el de siete mil y dos don Juan de la Cruz, y el de siete mil y tres don Juan de la Cruz, y el de siete mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de siete mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de siete mil y seis don Juan de la Cruz, y el de siete mil y siete don Juan de la Cruz, y el de siete mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de siete mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de ocho mil don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y uno don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y dos don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y tres don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y seis don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y siete don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de ocho mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de nueve mil don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y uno don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y dos don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y tres don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y seis don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y siete don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de nueve mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de diez mil don Juan de la Cruz, y el de diez mil y uno don Juan de la Cruz, y el de diez mil y dos don Juan de la Cruz, y el de diez mil y tres don Juan de la Cruz, y el de diez mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de diez mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de diez mil y seis don Juan de la Cruz, y el de diez mil y siete don Juan de la Cruz, y el de diez mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de diez mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de once mil don Juan de la Cruz, y el de once mil y uno don Juan de la Cruz, y el de once mil y dos don Juan de la Cruz, y el de once mil y tres don Juan de la Cruz, y el de once mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de once mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de once mil y seis don Juan de la Cruz, y el de once mil y siete don Juan de la Cruz, y el de once mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de once mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de doce mil don Juan de la Cruz, y el de doce mil y uno don Juan de la Cruz, y el de doce mil y dos don Juan de la Cruz, y el de doce mil y tres don Juan de la Cruz, y el de doce mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de doce mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de doce mil y seis don Juan de la Cruz, y el de doce mil y siete don Juan de la Cruz, y el de doce mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de doce mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de trece mil don Juan de la Cruz, y el de trece mil y uno don Juan de la Cruz, y el de trece mil y dos don Juan de la Cruz, y el de trece mil y tres don Juan de la Cruz, y el de trece mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de trece mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de trece mil y seis don Juan de la Cruz, y el de trece mil y siete don Juan de la Cruz, y el de trece mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de trece mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de catorce mil don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y uno don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y dos don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y tres don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y seis don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y siete don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de catorce mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de quince mil don Juan de la Cruz, y el de quince mil y uno don Juan de la Cruz, y el de quince mil y dos don Juan de la Cruz, y el de quince mil y tres don Juan de la Cruz, y el de quince mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de quince mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de quince mil y seis don Juan de la Cruz, y el de quince mil y siete don Juan de la Cruz, y el de quince mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de quince mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y uno don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y dos don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y tres don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y seis don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y siete don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de dieciséis mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y uno don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y dos don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y tres don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y seis don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y siete don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de diecisiete mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y uno don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y dos don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y tres don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y seis don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y siete don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de dieciocho mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y uno don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y dos don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y tres don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y seis don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y siete don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de diecinueve mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veinte mil don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veinte mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintiún mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintidós mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintitrés mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veinticuatro mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veinticinco mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintiseis mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintisiete mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintiocho mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y uno don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y dos don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y tres don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y seis don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y siete don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de veintinueve mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta mil don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y uno mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y dos mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y tres mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y cuatro mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y cinco mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y seis mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y siete mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y dos don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y tres don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y cuatro don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y cinco don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y seis don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y siete don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y ocho don Juan de la Cruz, y el de treinta y ocho mil y nueve don Juan de la Cruz, y el de treinta y nueve mil don Juan de la Cruz, y el de treinta y nueve mil y uno don Juan de la Cruz, y el de treinta y nueve mil y dos don Juan de la Cruz, y el



re guardado el decoro correspondiente, cometiendo alguna falta o causando cualquier disgusto en el público.

Art. 39. Se recuerda además en dichos días la prohibición expresa de vender y quemar cartillas y pelardos de mistos fulminantes, y el poner mazas a las personas, arrojárselas aguas ó basuras, ó dar con guante.

Art. 40. Para el debido orden en las demás diversiones y regocijos propios de aquellos días, se tomarán además por la autoridad las disposiciones convenientes.

Para el mas exacto cumplimiento de las precedentes disposiciones y que el sentido vecindario de esta heróica villa disfrute de las diversiones del Carnaval sin que vengán a turbarlas esosos que repugnan a la moral y a la civilización, cuando, mas que con las disposiciones adoptadas para reprimir y castigar los que tal vez pudieran cometerse, con el buen juicio de los habitantes de Madrid, y señaladamente de los que pertenecen a las filas de la Milicia nacional, que con su ejemplo sostendrán el orden público mas eficazmente que pudieran hacerlo el aparato de la fuerza de los que con este objeto hayan de desempeñar el servicio de armas.

Madrid 2 de febrero de 1856.—Valentin Ferraz.

**—Bien hecho.—Un periódico de Cartagena** da la fausta noticia de hallarse en aquella población un sugeto que ha descubierto el movimiento continuo, y que está tan satisfecho de su invención, que si el gobierno español no la reconoce como buena, piensa marchar con ella al extranjero.

**—Que se corrija.—Se nos dice** que varios estudiantes de filosofía que gastan gorras, ó porque quieren, ó porque sus padres no pueden costearlos otro género de cubierta a sus cabezas, le han declarado una guerra de mala ley a todos los compañeros que usan sombreros, dándoles todos ó garrotazos en ellos hasta hacérselos pedazos, ó intimidarlos para que usen gorrita por fuerza. Sin ir mas lejos, ayer ha sucedido uno de estos lances con un joven bien educado, a quien acometió en la calle un compañero de gorrita, insinuándose con un soberbio garrotazo en el sombrero, resultando de este insulto el haberse herido los dos dándose de palos, con el garrote el uno y el bastón el otro. Celebraremos que la autoridad ponga coto a estas pesadas bromas estudiantiles.

**—Alza y baja.—Hé aquí la funcion** que se dará esta semana en el regío coliseo. Hoy domingo baile de máscaras. Mañana lunes segunda representación del célebre Ronconi en *Linda de Chamounix*, a la que asistirá S. M. la Reina. El martes baile de máscaras. El miércoles no hay función. El jueves *Rigoletto* por el Sr. Ronconi. Y el domingo baile de pinta. Todo esto si el tiempo lo permite.

El baile de máscaras promete estar lucidísimo, pues la empresa se afana por complacer al público, según hemos advertido, entre otras mejoras, por el exacto y esmerado servicio de los guarda-ropa.

**—Príncipe.—El jueves 7 del actual** tendrá lugar en el teatro del Príncipe, a beneficio de D. Florencio Roma, el siguiente espectáculo: la comedia nueva, traducida del francés, titulada *La alegría de la casa*, obra del autor del *Sultán*.—Un baile nuevo y la pieza en un acto original de D. Luis Fernandez Guerra, *El niño perdido*.

**—Fisiología del beso.—El Sr. brigadier** Corsini acaba de publicar una nueva edición de la *Fisiología del beso*, considerablemente aumentada y completada con *Los besos históricos*. Recomendamos a nuestros lectores esta obra, notable por la belleza y singularidad del estilo, y en que brillan a la par la profusión y la originalidad de los pensamientos, la gracia y la sutileza de las definiciones y una vivacidad mordaz que, bien que picaresca, no traslucita, sin embargo, los confines de la decencia, de la delicadeza y del buen gusto. Imposible parecía que un asunto tan circunscrito en su esencia moral y en su sentido físico, haya podido tratarse con tanta variedad

y abundancia de conceptos. La *Fisiología del beso* es un album sentimental, al mismo tiempo que satírico-burlesco, que no podrá menos de cautivar ó interesar vivamente a cuantos lo lean. *Los besos históricos*, sobre todo, de cuya atención no nos atrevemos a responder, pero en que, la sal-dica de la expresión realza de continuo lo incisivo y picaresco de la narración, excitarán con frecuencia la bilaridad por lo insólito de las citas y lo jocoso-sério de la erudición.

**—La pasión.—El día 7 se pondrá en** escena en el teatro del Circo de Paul el drama bíblico de gran espectáculo *La pasión*.

**—Suscripción.—A solicitud del ayun-**tamiento y la junta municipal de beneficencia y sanidad de Torrejon de Ardoz, ha otorgado permiso el señor gobernador civil de esta provincia para que se abra una suscripción en los periódicos a favor de los vecinos de dicho pueblo, que, con motivo de las inundaciones, se hallan reducidos a la mendicidad.

**—Un voto de gracias.—Los vecinos** de la Cava-Baja y calles adyacentes están sumamente contentos al ver la prontitud con que ha atendido a la solicitud que hace algun tiempo le presentaron con el objeto de que se hiciera otra alcantarilla en la confluencia de las cañerías de San Bruno, del Gratal y de la Cava-Alta, la cual está destinada a evitar en lo sucesivo que se reproduzcan en aquel barrio, como ha sucedido casi siempre que ha habido grandes lluvias, las inundaciones de que en mas de una ocasión nos hemos ocupado.

**—Humo.—Estos dias han escaseado** mucho los cigarros en los estancillos de Madrid; pero es regular que hoy mismo se remedie esta falta, pues ayer llegó una gran remesa de la fábrica de Alicante.

**—¿Cuando baja?—Desde que cesó el** temporal llegan diariamente a Madrid muchos carros de carbon que estaban detenidos en varios puntos por el mal estado de las carreteras. A pesar de esto, los especuladores, que estuvieron prontos a comprar dicho articulo así que principiaron a dificultarse los transportes, no parece que tratan ahora de hacer la menor rebaja en el precio, por lo que no estaría de mas que las autoridades interpusieran su mediación para que cese, cuanto antes sea posible, semejante calamidad.

**—Carros volcados.—Todavía no se** han inaugurado las nuevas fuentes, y aunque ahora no hay escasez de agua, parecia, no obstante, regular, hecho ya el gasto, que fueran útiles al público, en vez de servir de estorbo.

**—Elogios justos.—Todo el mundo** elogia, como se merece, los grandes servicios prestados por la Guardia civil en Lora del Rio, Martorell y provincia de Almería, con motivo de los últimos temporales.

**—El primer sueño de amor.—Dime,** vida de mi vida, cuando en la noche callada—te meces medio dormida—por el céfiro arrullada,—como acroscada—en tu lecho de jazmín—que es santísimo de poder,—¿no has sentido por tu mente,—deslizarse blandamente—el primer sueño de amor?—Al blando rumor del ala—del querubín que te guía,—y de sus líbios exala—torrentes mil de armonía—al desprenderse sus rizados—sobre los cascos hechizados—de la seno encañonado—ángel mil palomino—¿no has respirado el aroma—del primer sueño de amor?—¿No has sentido blando beso—que el ánimo estremecía—con mágico embalseo—entre tus líbios hervía?—En la cortina que roba—la luz del sol a tu aloba—blanca como tu candor,—¿no has visto que se retrata—cual crepúsculo de plata—el primer sueño de amor?—Cuando la luna refleja—en tus blancas muselinas—y mece el aura en tus rejas—las pintadas clavelinas,—y a empaparse en tu sonrisa—viene la nocturna brisa—apagando su rumor,—¿no has visto cruzar, hermosa,—como aérea mariposa—el primer sueño de amor?—El aura de la mañana cuando culebrilla tus flores,—¿nunca te mintió lejana—una música de amor?

ras?—una música mas suave—que los gorgoros del ave—de la aurora al resplandor.—Pues ella era, hermosa niña,—la purísima armonía—del primer sueño de amor.—Que las vírgenes, en trépidas—cuando al sueño os entregáis,—entre azucenas y lilas—en otro mundo vagáis.—Y son aquellas regiones—paraíso de ilusiones—edén de miras en flor—que bajo un cielo de grana—os colora y engalana,—el primer sueño de amor.

**—Baile.—Hablando del último baile** dado por la condesa de Montijo dice un periódico lo siguiente:

«Representados por hombres muy importantes, por notabilidades en su esfera respectiva, la grandeza, las letras, la política, las armas, recordaremos solo, según a nuestra memoria van acudiendo, los nombres de las señoras que por su belleza y ricas galas llamaron justamente la atención, tales eran: la infanta doña Luisa, las duquesas de Alba, de Medinaceli, de Frias, de Rivas, de la Victoria, de Alameda; marquesas de Turgot, de Campo-Alange, de Bonalúa, de Villanueva de las Torres, de Guadalcázar; condesas de Riomolino, de Moleznua, Casa-Bayona, Vil-hes, Camarasa, Goyeneche; señoras de Buchental, Doge, Cueto, Liñán, Fernando de Velasco, Chacon, Olway, Guillermo Moreno, de Escosura (D. P.), Sessé, Miranda, Vallabriga, Estébanes Calderon, Bejarano, Drümen, Serrano, Palomares, Montero, Valdés; señoras de Prast, Zarco del Valle, Paniega, Henestrosa, Rivas, Urzaris, Frias, Bassecourt, y tantas otras que admiramos y nos deslumbraron, no solo con las gracias naturales que afeorran, sino tambien por el esquisito gusto y riqueza de sus prendas.

Los trajes que, entre tantos y tan ricos, mas llamaron la atención general, fué el de la noble condesa de Montijo, único en su clase, regado de su augusta hija la emperatriz; blanco de tela con grandes cenefas de flores de su color natural; el de la duquesa de Medinaceli, blanco, salpicado de pensamientos, en armonía con el gracioso adorno de su linda cabeza el de la duquesa de Alba, por su sencillez y elegancia; el de la señora de Buchental, por la riqueza y el buen gusto que se observa en todos los que usa. Entre las señoras, las de Prats y Paniega eran muy justamente admiradas, mas aun por sus gracias, que por sus preciosos adornos, puestos a la celebrada es siempre de todos la elegancia de estas dos perlas de la alta sociedad.»

**—Nuevo portillo.—Van a principiar** se en breve los trabajos para abrir un nuevo portillo entre el de Embajadores y la puerta de Toledo.

**—Que se reparen.—Uno de nuestros** suscritores nos ruega llamemos la atención de la municipalidad sobre el mal estado de las calles del Olivar y Santa Isabel, por las cuales apenas se puede transitar sin peligro de ver fracturada una pierna: tan completa es la ruina de las aceras y empedrado. Hay que añadir a este cuadro que los faroles del alumbrado público se encienden a las siete y media y ocho menos cuarto. El farolero debe estar de acuerdo con algun curandero del barrio que desea adquirir parroquia.

**—Sistema decimal.—La comision ge-**neral de presupuestos, conforme con lo acordado por las Cortes, ha convenido en que se rebaje a medio millon la cantidad destinada a plantear el sistema decimal en lo que toca a pesos y medidas, insitistiendo por varios diputados en que el gobierno debe procurar que se establezcan en las capitales de provincia, y aun en las de partido, colecciones oficiales de pesos y medidas que puedan servir de tipos y modelos.

**—Oportunidad.—Cuantan que el di-**funto Orfila al ser examinado en clase de facultativo en un juicio capital, fué preguntado por el presidente, si podría decir la cantidad de arsénico que necesitaba para matar una mosca. El doctor replicó: «Ciertamente puedo, señor presidente; pero antes necesito saber la edad de la mosca, su sexo, su temperamento, sus circunstancias y hábitos, si es casada ó soltera, vinda ó solterona. Cuando esté enterado de estos antecedentes, contestaré a su pregunta.»

## OBSERVACIONES METEOROLOGICAS DE AYER

EPOCAS.	TERMOMETRO.			VIENTO.
	REAMUR.	CENTIGR.	BAROMETRO.	
7 de la m.	2 1/2 s. 0.	3 3/4 s. 0.	26 p. 4.	1. NE.
12 del día.	7 3/4 s. 0.	9 3/4 s. 0.	26 p. 4.	1. NE.
5 de la tar.	5 1/2 s. 0.	6 1/4 s. 0.	26 p. 3 1/4.	1. NE.

## EFEMERIDES ASTRONOMICAS DE HOY.

Es el día 34 del año y el 44 del invierno.  
SOL. Salio a las seis horas y 55 m. — Se pone a las 5 h. y 6 m.  
El día dura 10 horas y 12 m. — La noche 13 horas y 48 m.  
LUNA. 26 de su edad. Aparece a las 5 horas y 45 m. de la m. — Pasa por el meridiano a las 10 horas y 23 m. de la m. — Retardo, 62 m. — Se oculta a las 1 hora y 27 m. de la t.  
La ecuacion del tiempo es 14 m. y 15 s.  
Los relojes deberán señalar al mediodia verdadero, ó sea al pasar el sol por el meridiano, las 12 horas y 14 m. y 15 s.

## TEATROS.

**REAL.** — Hoy domingo 3 no hay función. — Mañana lunes 5.ª función del Sr. Ronconi.

**TEATRO REAL.** — Tercer baile de Máscaras. — Para hoy domingo 3 de febrero de 1856, desde las doce de la noche a las seis de la mañana.

## ORDEN DEL BAILE.

Sinfonía de Zampa, del maestro Herold. Con el interludio de diez minutos se bailará: Wals.—Polka.—Polka-mazurca.—Schottisch.—Redowa.  
A las tres de la madrugada habrá un descanso de una hora.

Se dará fin al baile con una gran Galop.

La orquesta se compondrá de ochenta profesores, bajo la dirección del maestro D. Luis Vicente Arche.

Todas las dependencias estarán perfectamente servidas.

**Precios.**—Un billete de entrada, 20 rs.—Un palco sin entradas, 100 rs.—Un palco por abono para los cuatro bailes, 400 rs.

**Despachos.**—Café Suizo, calle de Alcalá.—Galería de Planter, Carrera de San Gerónimo.—Galería de Clement, calle de Carretas.—Comercio de Mirapex, calle de la Montera.—Exposición de trajes, calle del Baño, y en el Teatro Real.

La condauría está abierta diariamente de doce a cuatro de la tarde.

**TEATRO DEL PRINCIPE.**—Baile de máscaras. — Para hoy domingo 3 de febrero, desde las doce de la noche a las seis de la mañana.

**Precios.**—Un billete de entrada, 19 rs. Billete de suscripción por 4 personas, 60 rs. Un palco principal sin entrada, 50 rs. Id. de palco segundo, 60 rs. Un palco por abono para los 4 bailes, 210 y 200.

**Despachos de billetes.** Calle de las Infantas, núm. 18, almacén de alfombras.—Galería de Clement, calle de Carretas, y en el teatro del Principe.

La entrada será por la puerta principal del teatro.

Los guarda-ropas estarán situados en las galerías bajas de derecha é izquierda, en donde se fijarán cartelitos con los precios que deban abonarse por las prendas que se depositen en ellos.

El salón de baile, formado por la platea, unida con un tablado al palco escénico, se hallará alumbrado con gas profusamente, y adornado con una hermosa alfombra española y lujosos divanes de caoba.

La orquesta, situada en el balcón de la platea, se compondrá de cuarenta profesores escogidos, y estará dirigida por el acreditado maestro D. Juan Mollberg: toda la música es compuesta por el mismo y nueva.

En la fonda, que estará perfectamente servida, ha-

brá tambien cuadros y listas, en que se fijarán precios económicos.

Las enfermerías estarán bajo la dirección de los entendidos profesores, con los dependientes necesarios.

El local de *dos señoras y peluqueros*, estará perfectamente servido, y situado en una habitación elegante cómoda.

El almacen de trajes estará bien surtido, y situado a espaldas del escenario, y la guantería en el corredor de los palcos principales.

El café estará situado en un hermoso salon de los mismos.

La confitería al lado de la puerta principal de entrada al edificio.

**TEATRO DE LA PRINCESA.** (antes de la Cruz). Empresa de la ópera española. — A las cuatro de la tarde. — Sinfonía. — La comedia en cuatro actos titulada: *Las travesuras de Juana*. — Baile.

A las ocho y media de la noche. — Sinfonía. — Drama en tres actos titulado: *La Carcajada*. — Baile. El sainete titulado: *Herir por los mismos filos*.

**CIRCO.** — A las cuatro de la tarde. — *El sargento Berdico*.

A las ocho y media de la noche. — *Marina*. — *Vizconde*.

**CIRCO DE PAUL.** — Hoy domingo, *Gran baile de máscaras*.

**CIRCO DE PAUL.** — (Teatro nuevo). — Gran función para el jueves 7 de febrero, a las ocho de la noche. Después de una brillante sinfonía se ejecutará el drama bíblico, de grande espectáculo, en cuatro jornadas, precedido de un prólogo en cinco cuadros, y seguido de un epílogo en dos, escrito en verso por D. Antonio Benigno de Cabrera, con entera sujeción al texto de los cuatro sagrados evangelistas, y cuyo título es:

## LA PASION.

Para la ejecución de esta obra se ha formado una compañía de actores de conocido mérito; las decoraciones son nuevas todas, pintadas y dirigidas por los acreditados artistas D. José Navarro y D. Nicolás Solís, a cuyo cargo se ha puesto toda la magnificencia.

La orquesta, nuevamente contratada, compuesta de acreditados profesores, y dirigida por el conocido señor Larri.

La división de los cuadros se marcará corriendo una cortina, para diferenciarla de la de las jornadas en que habrá el telon de embocadura.

Cada acto y cada cuadro tiene su título particular:

**Prólogo.**—Cuadro 1.º Conversión de la Samaritana. — 2.º Arrepentimiento de la Magdalena. — 3.º Entradas en Jerusalén. — 4.º Traición de Judas. — 5.º Despedida de Jesús y su Madre.

**Drama.**—Jornada 1.ª La Cena. — El prendimiento. — 2.ª de Herodes a Pilatos. — 3.ª La Crucifixión. — 4.ª El descendimiento de la Cruz.

**Epílogo.**—Cuadro 1.º La Resurrección. — 2.º La Ascensión.

**Decoraciones.** — La cisterna de Jacob. — Selva. — Calle de Jerusalén. — Sala de la casa del Simón el Leproso. — Plaza de Jerusalén, cercada a uno de las puertas de la ciudad; en el fondo el muro de circunvalación y dicha puerta; mas allá se vé el campo. — Sala del tribunal de Caifás. — Gabinete de la casa de la Virgen, cuya pared del fondo se abre, y aparece el Limbo.

Huerto con olivos, en una de las cuales se verifica aparición de un ángel. — Valle pintoresco: en el centro un árbol, donde se ahorca Judas a su tiempo, aparece el infierno en el fondo. — Cuerpo de guardia.

Salón de la casa de Poncio Pilatos, con gran balcón en el fondo, por el que se descubre una plaza. — Sala del palacio de Herodes. — Aspera subida al Monte Calvario. — El Monte Calvario, visto de día, en el que tienen lugar varias transformaciones. — El mismo visto de noche, alumbrado por las estrellas. — Huerto de Arimatea, con el sepulcro de Jesucristo, cuya losa sale en pedruzcos, y en el que se aparece después un ángel. También Jesús se aparece dos veces en esta decoración. — El Monte Olivet, donde vuelve a aparecer el Señor, y desde el cual se le vé ascender a los Cielos, y a su tiempo transformase en Gloria.

Editor responsable D. VENANCIO SAENZ.

Imp. a cargo de J. GARCIA VERDUGO, Justa, 3.

# ANUNCIOS DE EL OCCIDENTE.

## OFICINA DE ANUNCIOS.

Se reciben en la calle de la Montera, 45.  
Pasaje de Murga, 9.

**CARBON CISCO EMPASTADO.**— Tales pastas, unidas con la cuarta parte de carbon ordinario presentan una economía inmensa para guisar en las cocinas, y para las estufas y otros usos.

Precio 20 cuartos arroba, y 2 rs. por mayor. Se vende calle del León, núm. 57, de Preciados, número 6, y de Fuencarral, números 6 y 73.

**LA ARITMETICA.**— Aplicada a la reforma monetaria y al sistema métrico legal de pesos y medidas, escrita especialmente para las dependencias del gobierno y del comercio, por un oficial de la dirección general de contabilidad de la Hacienda pública, se vende a 6 rs. en las librerías de Cuesta, calle Mayor, y en las de Bailly-Baillière, calle del Príncipe. Se remite a provincia, franca de porte, haciendo el pedido en carta franca, incluyendo el importe en sellos de franqueo ó en libranza contra correo a nombre de D. Juan Moral y Ordoñez, calle de Segovia, número 16, principal de la izquierda. (117)

**TRATADO PRACTICO DE CAMINOS,** por don Joaquín Molino, ayudante de los mismos. Un tomo de 200 páginas, buen papel y esmerada impresion, cuatro láminas con 40 figuras geométricas. Se vende a 16 rs. en Madrid en todas las librerías y a 15 en provincias mandado por el correo franco de porte.

Esta obra es útil a todos los ayuntamientos y diputaciones provinciales, a todos los individuos del personal auxiliar del cuerpo de ingenieros de caminos, a los que deseen prepararse para ser examinados de auxiliares y sobrestantes y a todos los que tengan ó quieran practicar exactas y largas nivelaciones, ya sean para canales de navegación, ferrocarriles, etc.

Los señores de provincias podrán hacer los pedidos en carta franca y con el importe en libranza sobre correo, ó en sellos del franqueo, a su autor calle de Fuencarral núm. 8, cuarto principal de la derecha: un libro, 39 sellos de 4 cuartos.

**EN LA CALLE DE LA ESPADA, NÚMERO 9,** cuarto segundo, se venden módicamente algunos muebles de la mejor construcción y en muy buen estado, entre los cuales hay sillerías, floreros, camas de acero, etc., etc.

**WEBER.—SANZ DEL RIO.**—DOCTRINAL DE LA Historia Universal hasta 1852.

**Públicas.** Tomo 1.º Historia antigua.—Tomo 2.º Id. de la edad media.—Tomo 3.º Id. del presente.

**En prensa.** Tomo 4.º Historia de las revoluciones. Se vende a 16 rs. tomo desde la publicación del 4.º a 20 rs.—Librerías de Calleja, Lopez y Bailly-Baillière.

**ULCES Y CAJAS DE LUJO.**—Las personas elegantes hallarán siempre un completo surtido de todos los artículos de confitería en la calle de las Infantas, frente a la plazuela de Bilbao. Los frecuentes viajes que hace a París el dueño de este establecimiento para surtirle debidamente, le permiten ofrecer al público cuantas mejoras se han verificado en dicho ramo.

**CORREO DE LA MODA.**— Periódico de literatura, educación, teatros y modas.

Este periódico tan generalizado entre la buena sociedad, y consagrado especialmente a las madres de familia, por la moralidad de su lectura y utilidad de su parte de labores, se publica cuatro veces al mes, acompañado alternativamente de un figurín de modas, gravado e iluminado en París, un pliego de dibujos y patrones, u otro grabado de labores y modas. Las señoras que deseen una pieza de música, que será alguna vez de zarzuela u ópera moderna, lo expresará así. Se repartirá como regalo a las suscriptoras por seis meses, dos grandes láminas de mantelitas ó abrigos en abril y octubre: las que lo seau por un año recibirán además en el primer trimestre un precioso dibujo para bordar en canamazo.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

Con un figurín al mes.—En Madrid 6 rs.—En provincias 21 rs. trimestre.

Con dos figurines.—En Madrid 8 rs.—En provincias 30 rs. trimestre.

Con tres figurines.—En Madrid 10 rs.—En provincias 36 rs. trimestre.

El período en su tiempo y con los dibujos de labores ó con la música sola.—En Madrid 10 rs. trimestre.—En provincias 12 rs. trimestre.

Con los dibujos de labores y solo el suplemento de su esplicación.—En Madrid 6 rs. trimestre.—En provincias 8 rs. trimestre.

**MODAS DE HOMBRES.**—El correo de la Moda publicará una edición con un figurín de moda de modas para hombres, de la mejor que se ejecute en París, y diferente de los otros que circulan en España. Su precio en Madrid 15 rs. trimestre.—Por un año 56.—En provincias 16 rs. trimestre.—Por un año 60. Se suscribe en Madrid en la administración del periódico, calle de las Huertas, núm. 42, y en la librería de la viuda de Castelló, calle de Relatores, núm. 3; Miller, tienda de quincalla, calle del Desengaño, número 29; Poligráfico, Caballero de Gracia; librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; La Publicidad, Pasaje de Martheu; L. Lopez, calle del Cármen; núm. 29, y Durán, Puerta del Sol, núm. 2, entre otros. En provincias en las principales librerías ó con libranza al administrador del periódico.

**AL GRAN CUELLO.**—En la calle de la Montera, núm. 11, tienda de camisas, frente de la *Dalia azul*, hay un completo surtido de camisas de señora, caballero y niño; sábanas, almohadas, enaguas, refajos, calzoncillos; camisas de franela, de seda, de cachemir, estambre, lana y algodón, del reino y extranjero; juegos de mantelería para 12, 15 y 24 cubiertos; medias y calcetines de lana; plumeros, carretas francesas, corbatas de raso y otros muchos artículos.

Se toman medidas para alfileras de franela, calzoncillos, camisas y toda clase de ropa interior.

**EL OCCIDENTE.**—Diario político de la mañana.

Se publica todos los dias menos los lunes, y además de las mejoras materiales y del aumento en sus medios de publicación, de la extensión que tiene la edición de provincias, para llevar a estas las diversas noticias con la misma antelación que los diarios de la tarde, contendrá periódica y oportunamente REVISTAS DE MADRID Y DE TEATROS, LITERATURA Y MUSICA Y AUN CIENTIFICAS, y de otros géneros, haciendo que la sección recreativa, el folletín, inserte casi siempre novelas originales inéditas de autores acreditados, de las que ya tenemos muchas en nuestro poder.

Los lectores de EL OCCIDENTE recibirán con estas ventajas algunos regalos de interés con toda la frecuencia que lo permitan las operaciones de su administración, y muy pronto tal vez la COLECCION DE LAS DISPOSICIONES OFICIALES que publica la GACETA DE MADRID.

Tambien nuestros suscritores tienen la ventaja de poder insertar GRATIS cada mes hasta CUATRO ANUNCIOS de 10 a 12 líneas cada uno.

## REGALO A LOS SUSCRITORES.

Los que lo son en la actualidad y las personas que se suscriban a EL OCCIDENTE antes de concluir el mes actual, y lo hagan al menos por un trimestre en provincias, y en Madrid por un mes, recibirán GRATIS a fin de este mes, ó a principios del siguiente, un ejemplar encuadernado de la novela en dos tomos, original de don Pedro Antonio de Alarcón, que con tanta aceptación se ha publicado recientemente titulada: *EL FINAL DE NORMA*, cuya obra se venderá por separado en la administración de este periódico a cuatro reales cada tomo.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: 1 mes 10 rs., 3 id. 25 id.—En Provincias: 1 mes 16 rs., 3 id. 46 id.—En el extranjero: 1 mes 30 rs., 3 id. 90 id.—En Ultramar: 3 meses 90 rs., 6 id. 180 id.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la administración de EL OCCIDENTE, calle del Cármen, núm. 60, cuarto 2.º En casa de Don Francisco de P. Mellado, calle de Santa Teresa y calle del Príncipe, 25, y en las librerías de Lopez, calle del Cármen. Cuesta, calle Mayor. Villa, plazuela de Santo Domingo. Bailly-Baillière, del Príncipe. Oliveres, Conde de Gerónima. Durán, Puerta del Sol, 2, y en el gabinete de lectura y oficina de anuncios de Soret, Montera, Pasaje Murga.

En provincias y el extranjero. En las principales librerías y administraciones de correos ó por medio de libranzas sobre esta corte remitidas en carta franca dirigida al administrador de EL OCCIDENTE.

**PUBLICACIONES NUEVAS.—OBRAS POLITICAS** de D. Andres Borego. — La Guerra de Oriente considerada en sí misma y bajo el punto de vista de la parte que España pueda verse llamada a tomar en la contienda europea.

## TABLA DE MATERIAS.

Capítulo 1.º—De la diplomacia en Europa desde la caída de Napoleon hasta la revolucion de febrero de 1848.

Cap. II.—Del restablecimiento del imperio en Francia y de su influjo sobre la política exterior.

Cap. III.—De los nuevos elementos que en la guerra actual y en las sucesivas, deben ser tomados en cuenta por los beligerantes.

Cap. IV.—La cuestión de Oriente.

Cap. V.—Del carácter de la guerra actual.

Cap. VI.—De las operaciones de los aliados.

Resumen y juicio de las dos campañas de 1853 y 1854.

Cap. VII.—La guerra actual tiene que limitarse y conducir a una pacificación inmediata, ó ha de tomar un carácter general de interés público europeo.

Cap. VIII.—La Inglaterra.

Cap. IX.—Napoleon III.

Cap. X.—De la situación y de los intereses de las potencias neutrales y de sus gobiernos, relativamente a la guerra actual.